B o l e t í n
de
F O M E N T O   O B R E R O   R E V O L U C I O N A R I O
Núcleo M



Enero de 1963 Nueva serie nº 2

Requisitoria

CONTRA FRANCO

(Contestación al discurso del dictador en el monte Garabitas, sobre las huelgas de abril y mayo de 1962)

La cháchara anti-rusa de Franco está destinada, sobretodo, a explotar la cobardía y la ignorancia de las clases conservadoras españolas, procurando asociar en su imaginación la obra revolucionaria de 1936 al partido stalinista (1). Pero esas clases no pueden dejar de recordar que el tal partido fué destructor y no autor de dicha obra, por lo cual ellas mismas se identificaron con él en la zona roja. Franco defiende, así diciendo, su posición personal de dictador frente a la inclinación de los reaccionarios españoles a entenderse mas pronto o mas tarde, a la manera italiana o a la polaca, según determinen las circunstancias, con el aparato político stalinista. De ahí las rabietas del discurso sobre la penetración "comunista" en las organizaciones católicas (H.O.A.C., J.A.C., etc.) y sobre el liberalismo como "una de las puertas principales por donde el comunismo penetra". El rencor de Franco se endereza también a Estados Unidos y otras potencias occidentales porque, viendo en lo que él llama "baluarte del occidente" una ruina peligrosamente resquebrajada, cabildean la sucesión:

> "Nuestra prosperidad y nuestra paz interior les duele e irrita y, por ello, se pretende llevar su infiltración (la del liberalismo) a todas las organizaciones nacionales..."

Una revolución comunista no puede triunfar por infiltración de cualesquier instituciones nacionales, sino mediante la disolución de todas ellas y la creación de instituciones proletarias electivas, que lleven a efecto la desaparición de las clases y del Estado. Si los hombres de Moscú se introducen en los organismos actuales (los tiene Franco incluso en su policía) eso basta para demostrar que sus miras son reaccionarias. En cuanto al liberalismo o democracia capitalista, ya se ha visto lo que daba de sí en España. La alta burgue-

---

(1) La primera parte de este trabajo fué publicada en el número anterior de Alarma, que puede solicitarse.

sía, la iglesia, el ejército, Franco mismo se presentaron, antaño, como liberales. En febrero de 1936 llegaron incluso a jurar por dios y la virgen fidelidad al frente popular, cuya legalidad les permitía preparar la militarada. Papel semejante están llamados a desempeñar los liberales que surgen hoy de todas las covachuelas del régimen, cual ratas en nave a pique. Para ellos, la democracia burguesa ya no es mas que un cínico ardid conscientemente utilizado para extraviar y paralizar la acción revolucionaria de los oprimidos. Franco debiera felicitarse de verlos aparecer, pués son en todos los casos, díganse cristianos o "comunistas", concuerden o disputen entre sí, equipos de reserva de la sociedad capitalista. En cambio, los trabajadores no gozarán de libertad y derecho a la vida reales sino a partir de su propio ejercicio del poder político y de la administración económica, previa disolución de todas las instituciones capitalistas.

Quizás lo mas grotesco de los argumentos de Franco sea su insistencia en presentarse como avanzada ideológica y militar de Occidente. Con mas verosimilitud que él y potencial de fuego incomparablemente mayor, Hitler y Mussolini se erigieron, hace 20 años, en campeones del anti-comunismo, creyendo así obtener carta blanca contra Rusia. Cálculo fallido. Estados Unidos e Inglaterra se aliaron a Rusia, le suministraron toda clase de material de guerra y vituallas; aquellos fueron vencidos, extendiéndose enseguida el dominio ruso, siempre con la venia de Estados Unidos e Inglaterra, desde Europa central hasta China. Todo eso fué posible únicamente porque la revolución rusa de 1917 había sido aplastada, el proletariado de aquel país reducido a la esclavitud, los revolucionarios asesinados por el partido gobernante. No dejaba éste, por necesidad de engaño, de llamarse comunista, pero sus cuadros dirigentes eran desde mucho antes un amasijo de ex-revolucionarios traidores y abuguesados y antiguos reaccionarios. En suma, los imperialismos "democráticos" no tenían la menor necesidad de Hitler y Mussolini, puesto que el gobierno ruso era ya entonces, de hecho, el mas acabal y eficaz enemigo de la revolución comunista. Por eso hoy la España de Franco no es, para Estados Unidos, mas que un territorio de bases militares del cual ni siquiera es indispensable pagar puntualmente el alquiler.

La calidad de las buenas o malas relaciones entre Rusia y el mundo occidental está hoy mas clara que en 1941. ¿Peligro de revolución comunista auspiciada por Moscú y sus partidos? NINGUNO, pero sí de extensión de la influencia económica y militar del que ha venido a ser nuevo imperialismo rival. De eso están bién percatadas las clases reaccionarias españolas, y en primer término su partido político tradicional, la iglesia, que a más de su experiencia en Italia, donde ella señorea gracias a la mansedumbre del partido de obediencia rusa, cuenta con la experiencia de Europa oriental, donde ella devuelve la deferencia bajando los ojos en beatífica oposición a Moscú (1). Se trata pués para los partidos pro americanos, de asegurar la sucesión de Franco evitando el influjo del imperialismo ruso, y para los secuaces de éste de ofrecer garantías a la reacción nacional a fin de traerla a composición con Moscú. El riesgo de una revolución comunista procede del proletariado español, no a causa sino a pesar de Moscú y su partido indígena, y para soslayarlo, reacción española e imperialismo occidental a una echarán mano precisamente de los tópicos mas manoseados y falaces del liberalismo. Cuando el proletariado ataca, el capitalismo no dispone de otro recurso para desorientarlo y vencerlo. No solo hallarán para tal faena la experta colaboración stalinista, sino que ésta podría revelarse otra vez, igual que en 1936, decisiva para aniquilar la revolución. A Moscú, repitámoslo mil veces, debe Franco el poder.

---

(1) En Italia, donde la iglesia es también uno de los capitalistas mas poderosos, el trust del petróleo, estrechamente ligado a ella, hace negocios fabulosos gracias al trust ruso, que le ofrece precios inferiores a los del mercado mundial. Los propios países satélites pagan mas caro el petróleo ruso que la iglesia católica.

Tranquilizándose a sí mismo, el dictador continua perorando:

> "Todo cuanto ocurre o puede ocurrir en España es una consecuencia natural de nuestro crecimiento y vitalidad (...) Si estas escaramuzas pueden conmover otras estructuras políticas débiles y vacilantes, no afectan a nuestra salud política (...) En el fondo y dada nuestra fortaleza, no es malo que surjan problemas que pongan a prueba nuestros sistemas y nos permitan perfecccionar nuestros instrumentos".

Todas las dictaduras se vanaglorian de desarrollar la economía nacional gracias al orden que imponen. Impidiendo mediante la represión que los trabajadores sedefiendan y ataquen dan rienda suelta al absolutismo político y económico del capital, propiciando su crecimiento. Pero, crecimiento del capital nacional no significa, ni mucho menos, bienestar y libertad de la mayoría de la población, la trabajadora. El sólo hecho de que para ampliarse el capital requiera maniatar y amordazar a los millones de hombres cuyo trabajo asalariado lo crean, indica que su desarrollo se efectua en detrimento de éstos. Por grande que sea en tales condiciones la expansión de la economía, se trata de una expansión reaccionaria, porque suprimiendo su forma capitalista y la explotación del trabajo humano en que se basa se consiguiría un incremento mucho mayor, en provecho de los trabajadores, de la libertad y de la civilización en general.

Un ejemplo ayudará a comprender lo anterior: en 1936, la economía fué socializada por los trabajadores en la mayoría del territorio español. Si la revolución no hubiese sido yugulada y el poder entregado a Franco, el desarrollo económico, efectuándose entonces con el único objeto de aumentar continuamente el consumo, la libertad y la cultura de la población en general, habría adquirido un ritmo vertiginoso. Los perfeccionamientos técnicos hubieran servido para aliviar el trabajo humano produciendo, simultáneamente, un número creciente de artículos de consumo. Hoy tendría el país un nivel de vida de los mas altos del mundo y gozaría de una democracia plena, como solo puede conseguirse en sociedades sin explotadores ni explotados, es decir, donde los instrumentos de producción no son propiedad de nadie, ni la fuerza de trabajo una mercancia. La derrota de la revolución social dejó libre curso a la explotación del trabajo por el capital. Tal es la paz social de que tanto se envanecen los hombres de "la Cruzada", en el fondo la misma que reina en los presidios. Han tenido enteramente a merced de ellos, durante 25 años, la capacidad productora de riqueza de millones de trabajadores, pero aun así, el crecimiento del capitalismo español es risible comparándolo con el de otros países. Como dictador capitalista, Franco semeja mas a Godoy que a Hitler y Stalin. Su paz presidial exige ser rota para bién del proletariado y de la humanidad.

Por otra parte, no se necesitaba ningún crecimiento capitalista suplementario para reanudar la ofensiva socialista de 1936-37. Era indispensable, sí, reponerse de la tremenda sangría padecida entonces. Era preciso que una nueva generación entrase en liza. Y eso es lo que ha empezado a producirse --¡norabuena!-- con la marejada huelguística primaveral. La revolución social vuelve por sus fueros, porque no hay otra salida al atascadero de la sociedad actual. La nueva generación se halla ante una recurrencia de la situación de 1931-37. Si sabe evitar las asechanzas de los partidos políticos de entonces, que hoy la lisonjean, en su mano tendrá la victoria y un porvenir grandioso.

Escaramuzas instintivas de exploración en descubierta han sido las huelgas de abril y mayo, y nuevamente las de agosto. Pero eso bastó, no ya para conmover, sino para estremecer seriamente al régimen. Los huelguistas astures que han visto llegar guardia civil y policía armada por trenes repletos, ametralladoras y fusiles apuntados ventanilla afuera, pero el pulso tembloroso, han podido palpar la debilidad real del régimen. Su propio parapeto militar y policíaco empieza a cuartearse. La vitalidad que aun le queda no le es propia; le viene de la política conciliadora, medrosa, cuando no reaccionaria de las organizaciones de oposición. Mientras mas se supedite el proletariado a éstas, peores serán los resultados. Una huelga general organizada directamente por comités obreros deslidados de influencias católicas, stalinistas o reformistas, daría al

traste con Franco pulverizando sus bases estructurales, y nos colocaría a canto de la toma del poder por el proletariado, primer acto de la revolución social. La misma huelga canalizada por las referidas tendencias, unidas o separadas, dejaría intactas las estructuras represivas y económicas del franquismo, suponiendo que no fuese vencida, e inmediatamente el nuevo gobierno "anti-franquista" se revolvería contra los trabajadores.

Diciendo que los conflictos huelguísticos le han permitido perfeccionar sus instrumentos, el dictador alude tácitamente a sus tres pilares fundamentales: policía, ejército e iglesia. Pero también sobre eso miente, sabiendo por añadidura que no le cree siquiera la claque que lo ovaciona. La iglesia le renovó su apoyo durante las huelgas y el ejército siguió el ejemplo, porque de no haberlo hecho así la dictadura se habría derrumbado verticalmente, probabilidad que espanta a cuantos la han servido... y aun a muchos de la oposición. Sinembargo, ambos organismos seguirán tomando paulatinamente distancia respecto de la persona del dictador. Sabiéndolo en sus últimas, y siendo ellos base permanente de la sociedad de explotación, en España muy particularmente, han de procurar salvar ésta sacrificando aquel. Por eso mismo se esfuerzan en hacerlo de la manera mas suave e inócua posible, conservando ellos los resortes sociales. La situación ha venido a ser tal; que quienes erigieron la dictadura se ven hoy forzados a procurar su desaparición por miedo a la cólera de las masas. Es el proceso de descomposición inexorable de un régimen que no tenía ninguna misión que cumplir, salvo la inmunda de retener al país en la degradación pisoteando conciencias y cuerpos. Mas la iglesia y el ejército, como el capitalismo en general, se hallan en el mismo caso. Si todavía intentan prolongar su existencia mas allá de la del franquismo, al proletariado corresponde enviarlos a la fosa común de la historia.

Tocante a los perfeccionamientos policíacos que pueda introducir Franco, de escaso auxilio le serán ya. Le darán, a lo sumo, una satisfacción vesánica suplementaria, pero la represión no se ejerce ahora contra un proletariado extenuado y diezmado, sino fresco para el combate y cuya moral será cada vez mejor, pese las innumerables emboscadas de la mayoría de quienes se proclaman amigos suyos. Añadamos que la policía franquista la heredará y usará cualquier gobierno que no sea el gobierno revolucionario del proletariado.

Respecto al problema de los salarios suscitado por las huelgas, Franco se limita a repetir los rudimentos del principio fundamental de la explotación capitalista que acaban de enseñarle sus expertos, torpes alumnos, a su vez, de los extranjeros realmente expertos en la materia. Oiganse sus balbuceos:

> "... debe hacerse llegar a los trabajadores todos que el pretender mejorar sistemáticamente los salarios, sin que la producción aumente, y cuando la situación de las empresas no lo consiente, constituye una quimera de imposible realización. Cuando los costes de los productos extraidos y fabricados suben, sin aumentar paralelamente la producción, se cae precipitadamente en la espiral de la inflación, en que el movimiento acelerado de los precios marcha irremediablemente por delante de los salarios".

Que una o la totalidad de las empresas no resista, como dice el caporal, las mejoras sistemáticas de salarios, no es razón para que los obreros se sometan y acepten la miseria como remuneración. Expropiadas por los trabajadores, cambiada su función capitalista en función socialista, sí puede aumentarse sistemáticamente el consumo de los trabajadores. Lo que Franco pide es que los obreros renuncien a la vida, a fin de que las empresas aumenten sistemáticamente sus beneficios, amplien sus inversiones de capital y acrezcan, como consecuencia, su imperio económico sobre los trabajadores, sobre la sociedad en general.

Es falso que la inflación provenga del aumento de los salarios. En España los salarios reales han disminuido en más de 30 por ciento en los últimos dos años, por obra de la estabilización económica. La misma prensa reaccionaria extranjera reconoce que el coste de esa operación lo han pagado los asalariados.

Sinembargo, la inflación no ha desaparecido aunque enjugada en parte, provisionalmente sólo. La razón es que procede, no de lo que ganan los trabajadores, pués cualquiera que sea su salario no representa mas que una pequeña parte del valor de lo que producen, sino de los gastos supérfluos, antisociales, del Estado, de la propia industriay del comercio. Inflación significa una circulación monetaria excesiva por relación al volumen de mercancías ofrecidas a la venta. En ese caso, los precios suben, es decir, baja el valor de la moneda comparado con el de las mercancías; en otros términos, pierde capacidad de adquisición la unidad monetaria, y para el obrero lo ganado a la hora, al día, etc. Ahora bién, los gastos supérfluos representan sumas fantásticas, decenas de miles de millones de pesetas anuales entre unas cosas y otras. Son, además de los militares, de policía, clero, iglesia, burocracia estatal y privada, también los gastos originados por el comercio y por innumerables trabajos parasitarios en la industria: cronometradores, contramaestres, vigilantes, burócratas, etc. El dinero puesto en circulación por esos conductos, sin compensación en las actividades productivas o siquiera útiles a la sociedad, es lo que crea la inflación, que agrava aún el despilfarro de las clases poseyentes.

Así se explica el párrafo siguiente, en el cual Franco cree elevarse al rango de gran economista:

> "Las mejoras que las remuneraciones del trabajo hayan de tener han de salir principalmente de las mejoras de producción, de la modernización de la maquinaria, del perfeccionamiento de la organización del trabajo y del esfuerzo del propio trabajador".

Sin ambages, lo anterior significa que los gigantescos gastos supérfluos y antisociales del Estado y del capitalismo en general han de ser cubiertos y compensados mediante una intensificación del trabajo y de la productividad de los obreros, de cuantos hombres realizan funciones útiles, sean las que sean. Y como incentivo de mayor producción se concede a los trabajadores una parte minúscula del valor de su producción adicional. De ahí las primas a la producción, al número de piezas, el destajo en sus múltiples formas, incluyendo las horas extraordinarias, sistema de explotación intensivo, del cual los "aumentos" obtenidos por los mineros de Asturias son ejemplo inequívoco. Después de la huelga, el capital les pagará un tanto por tonelada, a partir de cierta cantidad mínima de carbón extraído. Mas si comparan el jornal que así recibirán con el valor de su nueva producción, verán que representa una parte de ésta MENOR que antes. Ha habido pués disminución y no aumento de salario real. En cambio, las empresas recogen, enteramente gratis, muchos miles de toneladas de carbón, gracias al perfeccionamiento de que el dictador habla.

Los planes económicos que la dictadura empieza a poner en ejecución se basan exclusivamente en este viejo principio realizado ahora mediante una combinación de técnica, presión económica y represión policíaca: arrancar al trabajador una cantidad de productos cada vez mayor a cambio de cada peseta de salario. Trátese de un individuo o de la clase asalariada en su totalidad, el objetivo del capitalismo es achicar la parte de los salarios por relación al valor global de los productos. Si un obrero producía por valor de 1.000 pesetas y ganaba cién, produciendo por 1.500 a cambio de 125 su salario experimenta una importante baja. Sólo para conservar el mismo salario real debería ganar 150 pesetas.

No doy mas que un ejemplo simple. En el engranaje industrial la desproporción entre en valor de las mercancias y los salarios, es decir, entre la utilidades del capitalismo y el condumio que representa la paga de los obreros es mucho mas acusada, si bién difícil de establecer con precisión, salvo para grandes conjuntos económicos, debido a la complejidad de operaciones que intervienen en la elaboración y el transporte de la mayoría de los productos. Los nuevos planes tienden a acusarla todavía mas mediante la supresión del salario fijo o su reducción a una cantidad base insignificante, introduciendo primas, porcentajes y controles que obliguen los trabajadores a dar una producción creciente. Organización del trabajo y modernización de la maquinaria se revuelven así con-

tra el proletariado, cuyos aumentos de paga, conseguidos a costa penas, le son pronto roidos por la elevación de precios e impuestos. La divisa reaccionaria es: "Quereis ganar más?; aumentad de 30, 50, 100 por 100 la producción y se os darán unas migajas".

Los trabajadores deben saber que esa es la divisa del capitalismo actual, no solo del régimen franquista, divisa que en España será mantenida por cualquier otro régimen, con la sóla excepción del proletariado mismo en el poder. El capitalismo decadente necesita apretar cada día más el grillete de la explotación. Y el procedimiento es el mismo en los países dichos democráticos que en Rusia y sus satélites. Contrariamente a lo que haga creer a los trabajadores la falsa información franquista, en éstos últimos países se aplica con implacable rigor la citada divisa, que ni siquiera enmascara la fórmula allí oficial: "A cada uno según su capacidad". Si bién el partido español de obediencia rusa aprovecha la triste condición del proletariado para hacerse popular, en las naciones donde sus colegas gobiernan la parte económica del discurso de Franco no puede ser publicada y criticada, porque los obreros no verían diferencia alguna entre lo que recomienda el dictador español y el sistema a que están sometidos ellos. La impostura saltaría a los ojos. Una cita oficial probará lo anterior. La tomo de la revista "Problemas de la paz y del socialismo", editada en numerosas lenguas, portavoz oficial de los pretendidos partidos "comunistas y obreros". En el número correspondiente al 7 de julio de 1959 habla un tal Bruno Köhler del incremento de la producción en Chécoslovaquia como resultado directo del sistema de salarios:

"El principal objeto de la reorganización (de salarios) es intensificar el interés material de los trabajadores empujándolos a elevar su especialización para aumentar la productividad del trabajo y mejorar los índices económicos.... Para conseguir ese resultado es necesario un sistema de diferencias de salarios que haga mas ventajoso económicamente el trabajo efectuado en condiciones difíciles y el de los obreros especializados".

Dividir la clase obrera en categorías rivales a fin de dominarla más fácilmente e impedirle distinguir su interés común contra los explotadores, tal es el método enunciado en la cita anterior, bién conocido de los reaccionarios en cualquier parte. El mismo Köhler escribe que en Checoslovaquia la paga de las diversas categorías responde estrictamente a la "correlación entre productividad, trabajo y salario". Y da el ejemplo siguiente:

"En 1958 el plan general de producción sobrepasó en la industria en 11,3 por ciento el nivel de 1957. En ese año la productividad del trabajo aumentó de 7,4 por ciento y el salario medio de 2,2 por ciento".

Franco habría podido expresarse con cifras parecidas, pues sus palabras sobre sistema de salarios coinciden con las del "comunista" checo por el contenido y por la forma misma. En efecto, esos métodos de extorsión científica de la clase trabajadora intenta ahora generalizarlos Franco. El peligro de que mañana llegue al poder el partido español de filiación rusa, lo que la falsificación constante de la propaganda fascista facilita, hacen indispensable alertar contra esa eventualidad a los trabajadores, y poner ante la evidencia a los hombres que, dejándose engañar por una palabra, toman a dicho partido por una organización realmente comunista. Véase pues la política económica definida en el XXII° congreso de la casta gobernante en Rusia. El programa en él aprobado dice así de manera general:

"... asegurar en todas partes un crecimiento máximo de la producción por cada rublo invertido, reducir los plazos de amortización de los fondos empleados..."

Y de manera particular:

"Es indispensable perfeccionar constantemente los sistemas de salarios y de primas, controlar, MEDIANTE EL RUBLO , la cantidad y la calidad del trabajo, RECHAZAR la nivelación de la retribución, refor-

zar las formas colectivas de estímulo material que incitan el interés de cada trabajador en ver elevarse el nivel de funcionamiento de toda la empresa" (1).

A Franco, cuyo "plan de expansión" económica se basa en ese mismo anunciado, así como a los funcionarios españoles de la reacción rusa que en nombre del antifranquismo aspiran a gobernarlo, el proletariado debe responder luchando incesantemente por MENOS TRABAJO Y MAS PAGA, y TODO AUMENTO DE PRODUCCION A LOS TRABAJADORES que lo realizan. Es la senda de la revolución y de la futura sociedad comunista.

En la época actual, cuando todas las condiciones requeridas para la realización de la revolución proletaria mundial están colmadas, salvo la existencia de un partido apto y suficientemente conocido de las masas, el desarrollo de la economía capitalista, cualquiera sea el régimen político que la presida, no puede efectuarse sino en detrimento material de las masas trabajadoras, de la libertad, de la cultura, de la solidaridad humana por encima de razas y fronteras; en detrimento de la civilización como devenir del hombre. La guerra es el objetivo y el motor principal de ese desarrollo, al cual los países encabezados de los dos bloques militares subordinan su "ayuda" a los países atrasados, y a ciertos movimientos políticos dentro de éstos. La monstruosa concentración del capital en manos del Estado o de inmensos monopolios que de ahí resulta, confiere a ese Estado un potencial de opresión material e ideológica tanto mas destructor cuanto más "planifica", tanto mas reaccionario cuanto mas científico sea.

La concentración del capital, una vez suprimida la libre concurrencia de mercancías, tiende a suprimir también la libre concurrencia en el mercado de la fuerza de trabajo. La libertad de que antaño disponía el obrero ---incluso bajo las peores dictaduras-- de aceptar o rechazar las condiciones de pago y el lugar de trabajo ofrecido por el capital, ha desaparecido ya en gran parte incluso en los países en que todavía quedan restos de la democracia burguesa. El Estado o los monopolios dictan, siempre asistidos por los sindicatos, las condiciones en que el obrero ha de venderse y frecuentemente el sitio donde ha de trabajar, quiéralo o no. En todas partes, el salario fijo y la jornada de ocho horas desaparecen, ya de derecho, ya de hecho. La cantidad considerada como jornal mínimo o de base, muy insuficiente para malvivir siquiera, es intencionalmente calculada para forzar los trabajadores a aceptar la remuneración al destajo, a solicitar horas extraordinarias, a rivalizar con sus propios camaradas con objeto de ofrecer a los explotadores cada vez más mercancías a cambio de cada peseta, cada rublo, cada dollar ganado. Y mientras más perfectas son las máquinas, más ha de insudar y embrutecerse el trabajador. En la mayoría de las familias no basta el salario paterno; la mujer también tiene que dejarse coger en el ciclo triturador de la producción ampliada de capital. La esclavitud engendra así la esclavitud en proporciones aterradoras. Tal es el único procedimiento de desarrollo posible de la economía capitalista actual, de oriente a occidente y de norte a sur.

La causa última de ese desarrollo industrial esclavizante y ultra-reaccionario está en la derrota de la revolución mundial que se inició en Rusia con el entronizamiento de la burocracia stalinista durante la década 20 y prosiguió mediante el desbarate de diversos intentos revolucionarios en otros países, redondeándose con el aniquilamiento de la revolución española de 1936-37. Puede establecerse como regla que sólo suprimiendo la actividad revolucionaria del proletariado consigue desarrollarse el capitalismo, pués como sistema de asociación humana está caduco desde hace decenios. En efecto, las necesidades sociales reclaman, y las posibilidades técnicas consienten, un desarrollo económico incomparablemente superior; pero éste es irrealizable sin romper antes las estructuras

---

(1) "Controlar mediante el rublo" significa no conceder ningún aumento de salario sino previo aumento de la productividad obrera de valor muy superior al pago de salario adicional. En resumen: mil maneras de destajo y otras mil formas de "organización del trabajo" que pongan al obrero en la obligación de mendigar horas extraordinarias, mas explotación.

existentes, en primer término la forma asalariada del trabajo humano, fuente de la expropiación . de los trabajadores y de la corrupción social generalizada. En esa expropiación cotidiana tiene su base la acumulación del capital, y por consecuencia todas las formas de opresión económica y de tiranía política, así como el antaglnismo entre Estados que causa las guerras. Las exigencias de consumo de la sociedad, a comenzar por sus estratos pobres, son ilimitadas. Unicamente partiendo de ellas, convirtiéndolas en motor directo del desarrollo económico, alcanzará éste el máximo en cada instante y florecerá el hombre en plena libertad. De ahí que el lema: ¡Menos trabajo; mayor consumo! (bajo el capitalismo el consumo obrero lo raciona el salario) esté llamado a desempeñar un inagotable cometido revolucionario internacionalmente. Ni el aparato político de la iglesia ni el aparato político obediente a Moscú, las dos fuerzas capitalistas principales que se disputan la herencia de Franco, conseguirán ahogar un movimiento obrero decidido a convertir el lema en hecho. Poder proletario y organización comunista del mundo están en perspectiva de la lucha por su realización.

Después de su tirada de economista en cierne, Franco cierra su muy estudiado discurso jactándose de buena salud y longevidad, y amenazándonos con una continuidad póstuma de su garrote:

> "Hay quienes torpemente especulan con mis años (1). Yo sólo puedo decirles que me siento joven como vosotros, que detrás de mí todo quedará bién atado y garantizado por la voluntad de la mayoría de los españoles, de los que, con el Movimiento, constituís nervio y conciencia, y por la guardia fiel e insuperable de nuestros ejércitos".

El franquismo es un caso muy singular entre todas las dictaduras modernas. Ninguna otra se ha mostrado tan inestable e incapaz de dar cima a su propio objetivo reaccionario. Ha vivido, en efecto, improvisando expedientes y maniobras al tuntun , según se presentaban los acontecimientos; ha traicionado sin recato juramentos solemnes y amigos propios; intentaba ser un rebrote (anacrónico) del españolismo imperial y no ha hecho mas que rampar desde sus primeros días ante los poderosos del Planeta, desde Hitler y Mussolini, hasta Kennedy, Khrutchef y de Gaulle; se pretende --ante su propia galería-- un régimen de orden prestigioso, cuando en realidad sus propios cómplices internacionales lo miran con desdén, y su orden no sobreviviría 24 horas a la desaparición del terror policíaco. Las afirmaciones de Franco sobre el "adelanto de España", las "realizaciones" y el porvenir históricode su régimen, no son mas que payasadas en las cuales ni sus propios secuaces creen.

Mucho mas lerdo de lo que se sabe tiene que ser el dictador para pensar un sólo instante: "detrás de mí todo quedará bién atado", aun suponiendo que, como otros profesionales de la guerra y la tortura policíaca, él muera en la cama. Sus leyes y preparativos de sucesión son enteramente nulos, téngase por cierto. Y la voluntad "de la mayoría de los españoles" es tan mala, que nadie querrá aparecer como su continuador, ni aún aquellos mismos que desearían prolongar la dictadura clerigo-militar. En el peor de los casos, ocurrirá como en Rusia: los propios íntimos del dictador se verán en la necesidad de renegar de él, a fin de poner a recaudo sus haberes y poderes. En realidad eso está sucediendo ya.

La confianza real de Franco para el futuro va a lo que él llama "la guardia fiél e insuperable de nuestros Ejércitos". En los cuadros profesionales del ejército hay que situar, ciertamente, una de los principales peligros para la nueva revolución. Otros amenazan igualmente, tanto mas temibles cuanto mas embozados de obrerismo aparecen. No sólo la milenaria iglesia remozada de "demócrata cristiana", máquina de pensar tradicional de la reacción ibérica, sino

---

(1) Según las reseñas oficiales del discurso, en este instante el auditorio, bién amaestrado sinembargo, estalla en clamorosa ovación. Dijérase que, dejándose llevar por el subconsciente, piensa: "Muérote ya".

también el partido representante del capitalismo de Estado ruso. Frente a todos ellos, el proletariado no tiene más que reanudar la obra de 1936-37 y darle cima. Unas cuantas y malas armas bastaron, el 19 de Julio de 1936, para dar cuenta del ejército, la policía y sus sacros inspiradores. En cuanto al partido de Moscú, el proletariado supo reconocerlo durante la guerra civil como el más anti-comunista de los partidos, y derrotarlo en Cataluña, arma contra arma, en las jornadas de mayo de 1937.

A todos esos enemigos habrá que vencer en escala peninsular si no queremos rebotar de un despotismo a otro. Guiado por su magnífica experiencia, una nueva etapa de la historia universal puede ser abierta por el proleteriado español. El galardón vale el empeño.

Agosto 1962

G. Munis

= = = = = = = = = = =

C O M U N I C A D O

Ponemos en conocimiento de nuestros camaradas y amigos queel núcleo emigrado de Fomento Obrero Revolucionario ha decidido dispersarse, dejando a sus miembros la facultad de crear, en España y en el extranjero, nuevos núcleos de F.O.R. basados en nuestras ideas fundamentales y en el programa concreto enunciado en Llamamiento y exhorto a la nueva generación, publicado en el número 2 de Alarma, serie anterior.

Por consecuencia, esta nueva serie de Alarma, que continua la defensa y propagación de nuestro ideario, es publicada bajo la responsabilidad del núcleo M.

Controversia
en torno a las huelgas de la primavera

ESPANA DESPUES DE FRANCO

NOTA. Traducimos el presente artículo del Workers News Bulletin, órgano de la Workers League de Londres, con la cual Fomento Obrero Revolucionario mantiene relaciones amistosas, si bién discordantes sobre ideas de importancia. Es una respuesta crítica a nuestro volante A todos los huelgistas españoles, actuales y futuros, publicado con motivo de los conflictos de la primavera. Tras la crítica se leerá nuestra contra-crítica.

ALARMA

La huelga de los mineros asturianos ha revelado claramente que el dictador Franco ya no es capaz de ejercer un control total de la clase obrera, cual ha sido el rasgo esencial del régimen durante un cuarto de siglo. A ojos del sector clave de la clase capitalista española, tal indicio hace digno del sacrificio al fascismo franquista, y por consecuencia dicho sector tiene una identidad de interés temporal con la clase obrera, en lo relativo al deseo de desembarazarse de Franco.

A fin de valorar la importancia de la huelga minera y la naturaleza de la contribución activa que para comprender la situación y clarificar los objetivos puede aportar el movimiento revolucionario (y los revolucionarios españoles en particular), es necesario examinar con todo detalle el trasfondo de la lucha y el poderío relativo de las fuerzas implicadas.

Antes de la huelga y del subsecuente despliegue de la magnífica acción de solidaridad por parte de los obreros de Vasconia, Cataluña, Madrid, Andalucía, que además comprendía, de hecho, la iglesia católica, los monárquicos y sectores clave de la clase capitalista, uno de los problemas de creciente preocupación para la burguesía era cómo desembarazarse de Franco sin perder el control de los obreros.

La huelga se convirtió en el foco de la resistencia creciente al régimen de Franco de todos los sectores de la población, con lo cual ha cambiado de naturaleza el dilema con que se enfrenta el capitalismo español. Puesto que ya no se puede confiar en Franco para controlar a los obreros, deja de ser útil a la clase capitalista y por consecuencia sólo es ya un obstáculo para la continuación del desarrollo capitalista. La base social de su posición en España ha sido muy socavada por el desarrollo del capitalismo, que merma las supervivencias del feudalismo.

Ahora, el objetivo urgente inmediato del capitalismo español es obtener la entrada al mercado común europeo. Es muy significativo respecto a esto que la clase capitalista mire a Franco como comprometedor, perjudicial al éxito de su solicitud de ingreso, por cuanto los países miembros del M.C.E. están más que preocupados por la solicitud recibida de un país económicamente atrasado a cuya cabeza se halla un hombre que goza de apoyo feudal activo.

La falta evidente de una apreciación del trasfondo político de la huelga de los mineros ha sido uno de los factores que han contribuido a lo inadecuado y fatalmente limitado del programa de demandas contenido en un volante distribuido en la cuenca minera por Fomento Obrero Revolucionario, un grupo español radicado en la emigración.

El volante, recientemente publicado, traducido al inglés, en Workers News Bulletin bajo el título A todos los huelguistas españoles, actuales y futuros, va, en el mejor de los casos, a la zaga de los huelguistas respaldando la acción ya emprendida, y en el peor hace confusa en lugar de clarificar la comprensión de

la importancia de la huelga en el conjunto de la lucha de los obreros españoles contra el capitalismo.

El contenido esencial de ese volante puede resumirse en dos encabezados: la naturaleza de las consignas económicas inmediatas; y un programa de acción concebido con el objeto de llevar a cabo esas consignas inmediatas, integrándolas a los objetivos políticos. Bajo el primero de esos encabezados, las consignas se resuelven en el aumento del salario básico (incluyendo la incorporación de las primas, pluses de destajo etc.), lo que es de hecho un aumento del salario real (una de las consignas para asegurar lo anterior es, todo incremento de la producción a los trabajadores), reducción de la duración del horario semanal de trabajo, etc. En resumen: aumento del salario real sin incremento de la cuantía de explotación. Naturalmente, esas consignas son revolucionarias, diametralmente opuestas a los beneficios básicos, motor de la sociedad capitalista, y como tales requieren una acción revolucionaria basada en un programa revolucionario. Fomento Obrero Revolucionario no aporta ese programa.

En el segundo de los encabezados supradichos, el programa político puede exponerse así: extensión de la huelga a la península entera; la victoria de los huelguistas requiere la creación de un "nueva organización revolucionaria"; la victoria abrirá el camino a demandas revolucionarias crecientes; debe precipitarse la caída de Franco (¿cómo?, no lo explica el volante); y se hace llamamiento a la creación de núcleos revolucionarios independientes "similares al nuestro" (es decir a F.O.R.) Ese programa va acompañado de frecuentes advertencias contra el imperialismo de tipo americano o el capitalismo de Estado ruso. PUESTO QUE LA TRADUCCION INGLESA DE ESE VOLANTE HA RECIBIDO LA APROBACION DE SUS AUTORES, SOLO SE PUEDE DEDUCIR QUE SU CONFUSION Y LIMITACION, EN SENTIDO REVOLUCIONARIO, ES PRODUCTO DE LA DEBILIDAD TEORICA DE LA TENDENCIA REPRESENTADA POR ESE GRUPO.

Es justo reclamar la extensión de la huelga minera. Las demandas inmediatas de los mineros son comunes a todos los sectores de la clase obrera española.

En la España de Franco, el derecho de huelga y de organización en sindicatos independientes (por oposición a los sindicatos controlados por Falange) es una consigna revolucionaria. Ella arrastra a la totalidad de la clase obrera a choques directos con el aparato estatal del enemigo de clase; no puede ser obtenida por un sector de la clase obrera luchando en un frente limitado.

El éxito parcial conseguido en tal sentido fué generalmente limitado a demostraciones de solidaridad, que nunca son un substituto de la huelga general, ni cabe confundir con ella.

En toda lucha de clase los obreros crean sus comités propios o soviets, para llevar adelante su lucha. En el caso de los comités establecidos por los mineros españoles, la tarea era extender la huelga en escala nacional y asociarse la clase entera, a fin de obtener las peticiones en el período de tiempo mas breve posible, sin agotar los recursos y la moral de los huelguistas.

Ha sido una debilidad considerable del volante de F.O.R. no hacer llamamiento claramente definido al establecimiento de comités obreros nacionalmente ligados a través de comités locales y regionales.

Si la huelga minera se hubiese convertido en huelga general, lo probable es que sus peticiones hubiesen sido satisfechas por la clase capitalista. Pero sin un partido revolucionario, la acción de los obreros, incluso admitiendo un eslabonamiento nacional de comités obreros, habría conseguido a lo sumo eso como resultado máximo, más la posible reintroducción de la democracia burguesa.

Sin la meta del Estado obrero, primer tarea de un partido revolucionario, la huelga general no es mas que la movilización de la clase obrera, y ésta agotaría a la clase obrera antes que a los capitalistas. Con la meta política del partido revolucionario la huelga general puede convertirse en apertura de un conflicto decisivo. Frases vagas del volante de F.O.R., como la de "una nueva organización revolucionaria", pueden ser interpretadas, es presumible, como referen-

cia al papel del partido revolucionario.

Puesto que la continuada lucha de los mineros es una lucha revolucionaria en la España de Franco, debe ser corolario necesario un llamamiento para arrojar a Franco. La reivindicación de desembarazarse de Franco encuentra apoyo en todos los sectores de la sociedad española, y como tal debe sugerir una política de frente único: marchar separados pegar juntos.

En todo momento la clase trabajadora española debe conservar su independencia y libertad de acción.

Con la caída de Franco, esa independencia hará posible el asalto obrero contra la sociedad capitalista entera.

Colin Henry
Publicado en Workers New Bulletin
Londres 22-9-62

= = = = = = = = =

A Y E R Y M A N A N A

Concisas palabras debieran bastar, en rigor, como réplica satisfactoria a la crítica anterior, por ejemplo:

1 - No, el proletariado español no puede tener identidad alguna de intereses, siquiera momentáneos, con una clase capitalista virtualmente derrotada desde 1936.

2 - El frente único tal como lo ha aprendido el movimiento revolucionario y nuestros críticos nos lo aconsejan resulta hoy impracticable, salvo mediante zancadilla a la lucha de clases y abdicación ideológica.

3 - La consigna de sindicatos independientes de Falange no es revolucionaria, ni siquiera reformista en sentido propio; se queda en conformista con la regulación del trabajo por el capital vigente en el mundo.

4 - Las consignas económicas del volante A todos los huelguistas españoles, actuales y futuros, incorporan las reivindicaciones inmediatas o meramente locales de los explotados, a formas dialécticas de lucha cuyo desenvolvimiento arrastra consigo, de necesidad, el poder político obrero y la supresión del capitalismo, bastándose por ello a sí mismas.

5 - El proletariado no necesita oir, cual jaculatoria ritual, que sin un partido revolucionario todo se perderá, aunque existan comités obreros nacionalmente estructurados. Sí le es indispensable, en cambio, percatarse de las ideas principales de ese partido, por oposición a las charranadas propuestas por otros que continuan llamándose comunistas, socialistas, etc.

Esas cinco aserciones escuetas bastarían para dar cuenta de las críticas del artículo anterior, más otras de inspiración semejante, si sus autores estuviesen al tanto de las premisas generales de que dimanan nuestras ideas, consignas y actitud en cada caso concreto. Lejos de ello, nuestros críticos se basan en premisas por nosotros refutadas y rechazadas hace más de quince años y vienen a consejarnos aquello mismo que hemos rechazado. Diferencia de coordenadas o puntos de referencia ideáticos que convierte la discusión en diálogo de sordos si no se la tiene en cuenta. Es pués indispensable glosar las cinco tesis anteriores poniendo de relieve nuestras premisas. Y apronten nuestros críticos una refutación válida de éstas; mientras no lo hagan, cuanto digan se queda en burbujas de jabón.

La posibilidad de convergencia ("identidad" nunca) de intereses parciales o momentáneos entre el proletariado y la burguesía ha dejado de existir desde la preguerra. Cualesquiera que sean las circunstancias políticas de un país o su atraso económico, el proletariado está sólo frente a todas las tareas inmediatas y mediatas, tácticas y estratégicas, sin más aliados que otros estratos sociales no explotadores. La época en que el desarrollo del capitalismo y de su democracia

coincidían con los intereses inmediatos del proletariado, favoreciendo de consuno la futura revolución comunista, se ha ido definitivamente y en todas partes, países delanteros y zagueros técnicamente, por igual. No se trata de una simple afirmación. Aunque por sí sóla tenga un valor incustionable y una irradiación nítida, cavando mas hondo se descubren sus cimientos, que nosotros tenemos por inconmovibles, y que constituyen una de las premisas o coordenadas de nuestro pensamiento. Nieguenla nuestros críticos si pueden y quieren dar a su disensión un contenido siquiera plausible. Hela aquí:

Durante su período ascendente, cuyo cénit se situa en las inmediaciones y postrimerías de la primera guerra imperialista mundial, el sistema capitalista requería como condición óptima de su desarrollo la libre concurrencia de mercancías, comprendida la que para él es mercancía humana, la fuerza de trabajo. Ha sido esa circunstancia, más que toda otra, la que consintió a la clase obrera progresar en nivel de vida y menguar en su favor la disparidad cultural entre poseyentes y desposeidos. Ella misma es el hecho de fondo que permitió a los oprimidos arrancar por lucha la escasa libertad política que el sistema toleraba. Sobre ese terreno y únicamente sobre él se situaba la coincidencia de intereses parciales del proletariado con la clase capitalista. Y de ahí se deducía la antigua táctica del movimiento obrero, misma que nuestros críticos continuan recomendándonos.

La conocemos de antiguo y a sabiendas nos apartamos de ella. Resulta peor que estéril, contraproducente seguir endosando una concepción táctica cuyos fundamentos sociales han desaparecido. En efecto, los últimos decenios han presenciado un desarrollo del capital cuya forma cada vez mas concentrada priva a la fuerza de trabajo --el proletariado como clase-- del restringido margen de regateo económico de que antes disponía. La compra, el precio de la fuerza de trabajo es hoy un renglón más en los planes de acumulación centralizada del capital y de dirección general del mercado. Allí donde los salarios no son dictados por el Estado, son estrechamente controlados por los grandes trusts, respaldados por el Estado y los sindicatos, a veces con más eficacia aun que en el primer caso. Consecuentemente, la democracia burguesa deja de ser un régimen político realizable, y en los propios países donde ha existido de manera estable degenera a ojos vista. Con ello desaparecen los exiguos puntos de contacto posibles en determinados momentos entre el proletariado y la clase capitalista, o sus representantes de izquierda.

El principio anterior, válido para el mundo entero, lo corrobora en España de manera tajante la historia de la lucha de clases, supremo metro sociológico. En 1936, el capitalismo fué aniquilado. Las circustancias que le han permitido continuar su existencia, de las cuales hemos hablado pormenorizadamente en otros documentos, no niegan que su desarrollo posterior se enteramente anómalo, innecesario, reaccionario. De dos cosas una, es innegable: o bién el proletariado de 1936 cometió un error de anticipación histórica emprendiendo su revolución, o bién no hacía falta mas desarrollo del capitalismo para arrumbarlo como sistema social, en cuyo caso el proletariado atinó desbaratándolo. Nuestros propios críticos no se atreverán a negar que este último sea el caso. Pero entonces forzoso es concluir que las bases sociales de la dictadura y las del desarrollo del capitalismo son una y la misma cosa, no pudiendo, por consecuencia, socavar éste las de aquella, cual afirma el anterior artículo. Existencia de la dictadura y desarrollo del capitalismo son, ambos, consecuencia directa de la derrota y la desmoralización del proletariado. Por eso mismo, sólo en la medida en que el proletariado se recupera y vuelve al ataque, toma la clase capitalista distancia de su representación política actual. Llegará, claro está, incluso a abjurarla, mas no porque esté en contradicción con sus intereses o bases sociales, sino por carecer de elección, siendo esa la única maniobra política hacedera ante el peligro de una recurrencia de los sucesos revolucionarios de 1936. El objetivo vuelve a ser para el capitalismo, pero con mucha más clarividencia que durante el decenio 30, salvarse como sea y en compañía de quién sea. Menos aun que el proletariado puede olvidar la clase capitalista que en 1936 fué expropiada, y

que su salvación la debió al frente popular, los hombres de Moscú en primer término. El propio sacrificio ---provisional--- de la dictadura tiene para la burguesía un signo contrario que para el proletariado. Todo punto de contacto entre ambas clases sería pués artificialmente establecido en detrimento de ésta.

La refutación anterior lleva implícita la del frente único con todas las organizaciones conocidas. Por mas obreras que se digan, la mayoría de ellas no llegan siquiera a ser demócratas burguesas. De sobra sabemos cuantas citas pueden aprontarse, desde Marx hasta Trotzky, en defensa de dicho frente único. Son supérfluas, porque la naturaleza e intereses actuales de esos partidos, así como las condiciones históricas de la hora presente, nada tienen de común con las presupuestas en los textos citables. Nos vemos obligados a resumir aquí lo que nuestra tendencia ha dicho por primera vez en plena revolución española, y de manera sistemática a partir de 1942, en la polémica que nos llevó a la ruptura con la IV Internacional, en cuya perversión ideológica el frente único con el stalismo y otros pseudo-reformismos ha desempeñado papel importante.

La táctica de frente único presuponía, antes que nada, que los partidos con los cuales se practicaba tenían necesidad de favorecer las conquistas económicas y políticas de los trabajadores, dentro de la democracia burguesa por lo menos. Presuponía, igualmente, que una extensión de la influencia de esos partidos, incluyendo un gobierno por ellos constituido (consigna bolchevique antes de octubre del 17 sobre un gobierno reformista homogeneo) aventajaba al proletariado como clase y a su sector revolucionario en la preparación de la toma del poder. Otra de las presuposiciones principales era la inexperiencia de las masas, inexperiencia no sólo de los partidos en cuestión, sino también de situaciones democrático-burguesas. En tales condiciones, el frente único permitía mermar fuerzas al enemigo de clase, al mismo tiempo que consentía a las masas juzgar por contraste entre oportunistas y revolucionarios, y evolucionar hacia éstos en consecuencia.

Esas presuposiciones fundamentales se han esfumado a compás de la democracia burguesa, y con ellas todos los factores adyacentes, a los cuales no nos referimos aquí. Argúyase lo que se quiera, con los partidos "izquierdistas" de hoy no hay manera de "pegar juntos y marchar separados", sencillamente porque no tienen el menor interés en pegar a nadie, si no es al proletariado. ¿Acaso la reconciliación y la unidad nacional, más el ofrecimiento de garantías a la iglesia, al ejército y a la burguesía tienen algo que ver con la política de los antiguos partidos oportunistas? Es lo que propone llanamente el stalinismo, y con giro agachón, a la manera "democrática occidental" también el Partido socialista seguido por la C.N.T. Harían falta partidos enteramente diferentes para poder organizar con ellos acciones de frente único. No existen, y nosotros no podemos inventarlos, como de hecho hacen nuestros críticos tratando de oportunistas y de reformistas a organizaciones cuya mira consciente es perfeccionar la explotación del hombre por el hombre. Lenin y Trotzky pudieron practicar el frente único con Kerensky, los mencheviques, los socialistas-revolucionarios, etc., en provecho del futuro poder de los soviets. Quienes practiquen hoy la misma táctica con el stalinismo, en lugar de facilitar la creación de órganos obreros de poder cavarán su tumba. Eso sucedió ya en España, y mas tarde en Indochina, China, Europa occidental, y en Francia misma.

Es pertinente recordar el caso de Indochina, el territorio actualmente llamado Vietnam. Al finalizar la guerra mundial, el proletariado de Hanoi era dueño de la mayoría de la zona norte. En la ciudad misma existía un poder obrero que estableció el salario único y empezaba a gestionar la economía. Desgraciadamente, estaba inspirado por el partido trotzkista que obedecía al pié de la letra, como proponen nuestros críticos, a la noción aprendida de frente único, viendo en el stalinismo, no la contrarrevolución, sino un partido obrero oportunista. Este, apenas comenzada su actividad militarista (que no guerrillera) hizo al poder obrero de Hanoi señas de frente único contra el "enemigo común", los colonialistas y sus lacayos del sur, etc. Ateniéndose a sus viejas nociones, los trotskistas de Hannoi aceptaron. Poco después, policía y soldados de Ho Chi-minh aniquilaban el poder proletario. El principal dirigente trotzkista, Ta Thou-tao, el

hombre mas popular de Indochina caía asesinado junto con otros por orden de Ho-Chi-minh. Víctima de su propio mecanicismo ideológico, había aceptado una entrevista de frente único con "el reformista" Ho Chi-minh. No mucho antes, en una carta dirigida a uno de nuestros camaradas, Ta Thou-tao trataba de convencernos de las bondades tácticas del "pegar juntos y marchar separados" incluso con "oportunistas" a la staliniana. La misma tragedia se repite en cada país con todos los partidos o grupos revolucionarios que asimilan a la antigua social-democracia partidos sólidamente cimentados en la contrarrevolución. Con su concepción caduca se cierran a cal y canto el camino del socialismo, y llegado un caso de lucha decisiva, caerán en emboscadas criminales tendidas por el enemigo, sí, pero propiciadas por sus ideas deleznables.

Vengamos ahora al reproche de no reclamar la formación de sindicatos independientes de Falange. Razones de mucho peso avalan nuestra negativa, las mismas en el fondo, que nos impiden recomendar la república por oposición al totalitarismo actual. El mejor y más libre de los sindicatos puede servir, a lo sumo, para vender la fuerza de trabajo al capital, al precio y en las mejores condiciones determinadas por la contraposición capital-salario. Ahora bién, en los tiempos que corren se trata de acabar con la forma de capital que tienen los instrumentos de trabajo, y la forma vendible, de mercancia que tiene la capacidad de trabajo, es decir la fuente de todo lo humano, desde la apertura de una acequia hasta la de nuevos horizontes filosóficos. Crear un sindicato es crear un instrumento de venta del proletariado al capitalismo. Sería ese un mal menor e inevitable impuesto a nosotros si considerásemos que no existe posibilidad objetiva de revolución actualmente. Lo contrario es tan verdad, que nuestros críticos mismos asentirán sin vacilar. Sí objetarán, en cambio, que mientras llega el instante insurreccional forzoso es negociar lo mejor posible la venta de los trabajadores al capital. Cierto, pero eso puede hacerlo, con ventaja sobre los sindicatos, la clase trabajadora misma organizada en comités libremente elegidos en los lugares de trabajo, sobre cuya elección y decisiones, todos los interesados tengan los mismos derechos, sin necesidad de filiación sindical u otra. Si así fuere, numerosas huelgas tendrían mejor principio y fin que dirigidas por los sindicatos.

Por otra parte, ¿ignoran acaso nuestros contradictores que los sindicatos son hoy absolutamente indispensables a la explotación y a sus estructuras políticas? Situados dentro del orden judicial capitalista, son, de derecho y de hecho, la policía de las fábricas. Para convencerse, basta leer cualquier contrato colectivo de trabajo o cualquier reglamento interior de industria aceptado por un sindicato. Pida el camarade Colin Henry un contrato colectivo firmado por los sindicatos falangistas y compárelo a cualquier otro avalado por las Trade Unions inglesas, los sindicatos franceses o los de la mismísima Rusia. Indíquenos a continuación las diferencias cualitativas que encuentre. Antes descubrirá la demostración física de la entrevista del Sinaí entre Moisés y Jehová.

La consigna de sindicatos libres o independientes de Falange no puede suscitar ningún choque generalizado entre el proletariado y la dictadura. Muy al contrario, servirá, está sirviendo ya, de amortiguador. La ha puesto en primera línea de defensa la iglesia, la ha recomendado a Franco el State Departement, la ve con esperanza la burguesía, y el stalinismo se la mete por todos los oídos a los trabajadores. Vaya quien quiera a arrebatárselas, "darle el verdadero sentido", etc. El organismo sindical, fuere cual fuere su dirección o inspiración, honrada o canallesca —y el caso general es el último— se ha revelado incompatible con las mas urgentes necesidades inmediatas e históricas del proletariado. Su función de contratista, única concebible, le confiere una afinidad orgánica irresistible con el capital, afinidad que tiende a convertirse en identidad a medida de la concentración de aquel, hasta la fusión perfecta en el capitalismo de Estado. Los sindicatos americanos son tan inseparables del Departamento de Estado y del Pentágono, como los sindicatos rusos del Comité Central y del Estado Mayor militar

Imaginándose que gritar, ¡sindicatos!, enardece a los trabajadores, nuestros críticos no paran mientes, en cambio, en el carácter subversivo de nuestras consignas. "Naturalmente, son revolucionarias" —dícenos el artículo anterior, lo

que no le impide asegurar que nuestro volante se limita, todo lo más, "a ir en zaga (tail-ends) de los huelguistas". No tendríamos más que felicitarnos si tal seguidismo hubiese existido realmente por nuestra parte, es decir, si nuestras consignas estuviesen de antemano comprendidas en las de los huelguistas. Significaría que los mineros astures tienen clara conciencia de cómo apuntar al corazón del organismo capitalista, y no necesitarían, para adherir al partido de la revolución, mas que conocer nuestra existencia. Mal podía ser así, dado el vacío político impuesto al país por 25 años de dictadura, que es precisamente lo que confiere a las huelgas de abril y mayo una significación revolucionaria, independientemente de lo que reivindicasen. Los mineros, sí, se opusieron a despidos por deficiencia de rendimiento y a consentir mutaciones de lugar de trabajo al arbitrio de las empresas. Instinto certero que va en el sentido de una de nuestras consignas: "Incorporación al trabajo de todos los parados y obreros jóvenes, disminuyendo las horas laborables proporcionalmente al número de obreros y a la eficacia técnica de la maquinaria". Ahí se queda la vaga coincidencia entre lo formulado por los mineros y lo propuesto por nosotros. Será ahora, después de la experiencia, al constatar la nulidad de los aumentos obtenidos y el redoblado trabajo que les cuestan, cuando los obreros se convencerán, en la medida en que las conozcan, del alcance revolucionario de nuestras consignas.

El camarada Colin afirma sin pestañear que nuestras consignas "se resuelven (amount to) en el aumento del salario básico". Nuestro volante para nada habla de salario básico, e inútilmente se buscarán esas dos palabras como reivindicación en ninguno de nuestros textos. Contradicen nuestro pensamiento general, y la concepción que tenemos de la lucha revolucionaria en la actualidad. Esa reivindicación no va más allá que las de los programas mínimos anteriores a la última guerra, y se limita a hacer menos inconfortable la condición obrera dentro del capitalismo. Digamos de pasada que las reivindicaciones de los sindicatos y partidos "obreros" se quedan hoy muy por debajo del programa mínimo. Unos y otros obligan al trabajador, en todos los países, a aumentar contínuamente su productividad, es decir, el índice de la explotación representado por la plusvalía.

A invertir los términos de esa situación reaccionaria tienden nuestras consignas. Las inspira la convicción de que ninguna reivindicación tiene valor revolucionario en la actualidad, a menos que, llevada a su máxima consecución, implique forzosamente la liquidación económica y política del capitalismo. Estamos muy acostumbrados a oir que lo político es superestructura de lo económico, pero mucho menos a ponernos en movimiento por exigencias económicas que acarreen el trastrueque tan ahelado de estructuras y superestructuras. Tal norte lleva nuestro volante a los huelguistas actuales <u>y futuros</u>. Como nuestros críticos no lo han visto al parecer, explicitémoles lo siguiente:

Nuestro volante reclama verter al proletariado como clase la producción adicional obtenida por la organización del trabajo, la perfección o el automatismo de los implementos técnicos, los descubrimientos químicos, físicos, mecánicos, etc. Ello supone impedir la acumulación del capital, poniendo la plusvalía que se apropian las empresas o el Estado en manos de la clase que no puede utilizarla sino en beneficio de la sociedad, del futuro comunismo. Nuestra consigna TODO AUMENTO DE PRODUCTIVIDAD DEBE IR, INTEGRO, A LOS TRABAJADORES QUE LO REALIZAN, da a la reclamación inmediata de aumento de salario un contenido persuasivo para todo el mundo, no sólo para los obreros, cuya realización e ilimitada amplitud suprimirá de rondón el capitalismo. ¿Aumento del salario de base? No, sino lucha por la supresión del trabajo asalariado, es lo que significa nuestra consigna, que las demás complementan , prefigurando juntas los órganos obreros de poder, la toma del poder político y la transformación del capitalismo en comunismo.

Tratándose de un volante de agitación para una huelga, no hay en él, intencionalmente, referencia a la plusvalía anteriormente acumulada, ni a la obtenida por los explotadores en cada rotación del capital sin necesidad de aumento de la productividad. Su expropiación se deduce de la consigna anterior, en la cual la palabra INTEGRO, susceptible de inducir a error superficialmente interpretada, tiene sólido apoyo en esta otra idea: en manos del proletariado los instrumentos de

trabajo y la plusvalía actuales, bastarían holgadamente para asegurar una producción creciente, con trabajo humano decreciente, mientras que la productividad adicional, directamente vertida al consumo, da la clave de la elevación del nivel de vida a partir de los estratos sociales mas pobres, y de la desaparición de las clases.

Nos queda por responder al problema de la indispensabilidad del partido revolucionario. De manera mas perentoria que nunca --es nuestra convicción-- cabe afirmar en estos terribles años de marasmo y aturdimiento de la clase obrera mundial: "sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario posible". Hace 30 años bien largos que el proletariado va de mal en peor. Cada derrota, cada decepción acentúa su pasividad ante cualquier aparato político, sindical o policíaco que se le venga encima. Y todos ellos tienen de las tres cosas, lo mismo los antiguos, versión occidental, que los nuevos versión stalinista, mas los creados por simples aventureros a la Nasser, Castro, etc., etc. etc. La complicidad entre esos aparatos de opresión, su equivalencia radical, no la ven sino quienes se tapan los ojos con sus propias manos. Y por desgracia se los tapan la mayoría de los grupos revolucionarios repitiendo rutinaria, honradamente, lecciones sobrepasadas de la revolución rusa de 1917 y de las obras de Lenin y Trotzky. Nos referimos sobretodo a los aspectos tácticos de esas lecciones. Superadas por las condiciones objetivas y por la experiencia subjetiva, ciegan el entendimiento y el camino a la sublevación del proletariado. La impotencia de la vanguardia está en ese su seguidismo conservador de lo de ayer. Sin arrojarlo por la borda, las tinieblas serán cada vez mas densas y no habrá mañana para la revolución. Es evidentemente la incapacidad de la vanguardia para remozarse ideológicamente lo que otorga a la canalla burguesa o stalinista derechos de horca y cuchillo sobre el proletariado mundial.

No creemos, en cambio, que repetir incesantemente: "hace falta un partido revolucionario", o, "nosotros somos ese partido", sirva de gran cosa. Lo indispensable es organizar la lucha en torno a ideas y actitudes nuevas que permitan asimilar la experiencia anterior y hagan comprender lo que es un partido revolucionario. Sólo así añadiremos la subjetividad irreemplazable de la teoría revolucionaria a la objetidad de las condiciones materiales, de sobra existentes para llevar a cabo la emancipación del hombre.

Lo anterior, y mucho más que no es posible decir en una refutación, constituye respaldo de las consignas de nuestra proclama a los huelguistas españoles. ¿Les parece a nuestros contradictores fruslería?

Octubre 1962

FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

E N   C U B A

AQUELLOS POLVOS TRAJERON ESTOS LODOS

"Cuando el proletariado está postrado por la derrota, las potencias reaccionarias disponen a su guisa del mundo, 'salvan' la paz o desencadenan la guerra, según convenga a sus siempre macabros intereses".

En mayo de 1961, el número 8 de Alarma decía: "Los Estados Unidos no ven en Cuba un régimen revolucionario, sino una cabeza de puente del ejército ruso cuya permanencia les es intolerable (...) Moscú utiliza el aventurero Castro principalmente para crear dificultades a Estados Unidos en América Latina, pero lo dejará caer a la primera presión seria o a cambio de cualquier concesión en otra parte del mundo". Y el número 7: "... los dirigentes cubanos definen su régimen, claro está, como 'democracia popular', con gran júbilo de Moscú y no más susto de Washington que la aprensión de ver a Cuba convertida en un sólo Guantánamo ruso tan vecino a Cabo Cañaveral. El régimen de los barbudos no les ofende de por sí, mal que pierdan algunas compañías, pués la hostilidad de fondo entre el Departamento de Estado y Castro no es política ni económica, es militar. Y así, lo mismo que empezó, podría acabar".

Nada hay que retraer delas palabras anteriores. El acierto de nuestros juicios sobre el régimen cubano no tiene mas que un mérito sencillo, si bién raro hoy entre los propios círculos avanzados: la certidumbre de que una revolución sólo puede originarla el proletariado, no un ejército, y menos el ejército de "los barbudos" aliado a un gobierno que tiene sobre las espaldas el asesinato de la revolución bolchevique y mucho más. Verdad primaria cuya ignorancia o desestimación incapacita para juzgar todas las situaciones que la guerra fría crea. Por desconsideración más que por ignorancia de cuanto de reaccionario implica toda concomitancia con la política rusa, la mayoría de los grupos revolucionarios han sido incapaces de atinar en sus juicios sobre Cuba.

Por ventura, los sucesos en torno a las bases atómicas rusas, poniendo la humanidad en la linde misma del cataclismo termo-nuclear, van a abrir muchos ojos. Cuando menos los de quienes no están asidos a interés alguno reaccionario o conformista. Sin quererlo, Khrutchef y Kennedy han esclarecido muchas ideas, disipado ilusiones, sacudido conciencias en torpor. El acontecimiento no dejará de contribuir a la renovación ideológica de la vanguardia proletaria mundial, condición sine qua non de todo triunfo revolucionario futuro. Esa misma vanguardia que por rutina intelectual, por un conservantismo teórico aberrante se ha negado, durante más de 20 años, a reconsiderar sus conceptos anticuados a la luz de la experiencia mundial, se ve de repente colocada ante una evidencia abrumadora: los proyectiles atómicos instalados en Cuba, el ultimatum de Kennedy, la retirada de Khrutchef y el acuerdo secreto (por ahora) entre los dos capitanes imperialistas. En los hechos vertiginosos de una semana se resumen y culminan cuarenta años de supercherías, cuarenta años durante los cuales el proletariado ha ido de derrota en derrota, recayendo siempre de una dominación en otra.

La lección que encierra la conducta de los dos primeros explotadores de la Tierra debe ser asimilada por entero y sin ambages por la vanguardia ideológica, de lo contrario el proletariado, a merced de los bloques militares, continuará siendo alternativamente carne de cañón y de acumulación capitalista. Lo primero a establecer es el completo descarrío de todos los análisis de la naturaleza del régimen cubano hechos por la vanguardia. Pero conviene precisar de pasada, para los principiantes, que la noción de vanguardia revolucionaria es incompatible con la obediencia a Moscú o a cualquiera de sus hijuelas. No hay mas vanguardia que la que se irguió contra Stalin en vida, sin dar ahora cuartel a sus continuadores. Y bién, esa vanguardia desperdigada por el mundo en grupos inconexos, ha dispensado por lo general un apoyo al régimen de Castro, que pone en evidencia ya su mediatización stalinista, ya su rutinarismo teórico, causa última de su ineficacia.

El oportunismo stalinizante lo representa y lo razona lo mejor que puede el fofo trotzkismo de la llamada IV Internacional. Mareada a fuerza de dar vueltas en su imaginativo dédalo de Estados "obreros degenerados", ofuscado el entendimiento por incontables oportunismos anteriores, se le aparece en Cuba la visión de la revolución permanente. En realidad, esa organización se desprende sin recato del ABC de la revolución permanente según Marx y Trotzky, y según Lenin en las Tesis de Abril y en la táctica bolchevique antes e inmediatamente despues de la toma del poder en 1917. En efecto, la revolución permanente presupuso en Rusia el poder y el armamento proletarios, la supresión del antiguo Estado, la libertad política en los soviets, el control obrero de la producción, etc., todo ello mero preludio a la organización socialista de producción y distribución. El termidor y la contrarrevolución stalinista cortaron este último desenvolvimiento, que es el contenido real de la revolución permanente, imprimiendo un movimiento inverso, capitalista. En Cuba ninguna de aquellas medidas ha tenido vigencia un instante siquiera. El ejército de "los barbudos" entró en La Habana gracias a la clase obrera, que alzada contra Batista le abrió las puertas. Pero a medida que el poder de Castro se estructuraba iba imitando la obra de la contrarrevolución stalinista, en manera alguna la de Octubre de 1917. Castro y Guevara mismos declaraban que no podía prescindirse de "cierto grado de stalinismo". Pronto, el ejército castrista --no sin elementos del de Batista incorporados por venalidad-- adquiría las características de una nueva policía, encuadrando lo que alevosamente se llama "milicia popular". Dicho sea incidentalmente, el armamento general de los explotados es privilegio de la revolución social; ningún falsario lo resiste. Así también, la propia estructura estatal siguió siendo en gran parte la de Batista, como lo admitía, a su vuelta de Cuba, el "trotzkista" argentino Silvio Frondizi, siquiera minimizando la importancia del hecho. La admiración por Castro de ese "hombre de izquierdas", cual de tantos otros pseudo-revolucionarios e intelectuales americanos y europeos, está compuesta de vaciedades anti-imperialistas y empirismos existenciales, cruce mental de Stalin -Sartre macerado en el ambiente fétido de la guerra fría.

Digérase que los hombres de la IV Internacional quieren hacerse olvidar "sus culpas" por el stalinismo colegial, pasando por alto lo esencial de la revolución permanente. Ni siquiera puede decirse de ellos que permanezcan fieles a la idea original de Trotzky y al esquema de la revolución rusa de 1917. Nuestra tendencia tiene, por su parte, la convicción de que la revolución permanente está en la actualidad superada en cuanto concierne a las tareas de la revolución democrática realizada por el proletariado. En todas partes, son las medidas de la revolución social las que se pueden y se deben emprender desde el primer día. Pero los deslavazados sucesores de Trotzky, aun reconociendo que no existe en Cuba poder proletario, hablan de un "Estado obrero", deserción flagrante de los principios m elementales de las necesidades de clase, que ha culminado, durante la semana crítica, reclamando la guerra atómica como medida salvadora. Idea esta de matasietes diametralmente opuesta a las perspectivas insurreccionales de los explotados, en el fondo inspirada, como para los mandarines de Pekín, por los bulos corrientes sobre la superioridad rusa en armas nucleares. En ella, la guerra entre Estados y bloques militares se substituye a los antagonismos de clase, a la lucha revolucionaria internacional, igual que en 1914 y en 1939-45. Con esta diferencia: los oportunistas de antaño no reclamaban la guerra, aunque sí aceptasen sus reaccionarias obligaciones patrióticas; los de hoy reclaman esas obligaciones como un honor, piden la guerra, y en lugar de ver en su sóla declaración un triunfo de la reacción mundial, la revisten de atributos obreros. Jamás reaccionario de antaño soñó añagaza nacional tan perfecta. ¡Como que es del más puro abolengo stalinista!

La actitud de ese trotzkismo revierte a la de los nacionalistas suspirantes de patri fuerte --y de dominio tecnocrático-- que van gritando en son de héroes: "¡Yankee no, Cuba sí!", incapaces evidentemente de gritar: "Revolución social sí, Moscú o Washington no!". En muchos casos son los mismos caballeros que ayer gesticulaban frente al imperialismo americano inspirados en la hitleriano "lucha contra la plutocracia". El ejemplo mas duradero de esa clase de anti-imperialismo

unilateral se dió en Argentina con la dictadura de Perón, mismo personaje que protegido ahora por Franco en Madrid, urde su retorno en colaboración con el castro-stalinismo argentino. Pro-germanos de ayer y pro-rusos de hoy estafan a las masas de idéntica manera: canalizan en dirección reaccionaria sentimientos y problemas económicos cuya satisfacción no puede ni quiere dar el bloque militar de su elección. Su jerigonza anti-imperialista encubre mal su parcialidad pro-otro imperialismo, eso cuando no se trata ostensiblemente de venalidad.

En todos los países subyugados, incluyendo Rusia y satélites, las masas sin conciencia ideológica ven con oscura simpatía al enemigo de su enemigo, quienquiera sea. Pero el papel de los revolucionarios consiste en dar a la animadversión de las masas contra el imperialismo por ellas padecido una forma y un contenido que redunden también contra el imperialismo rival acechante. De lo contrario se es, quiérase que no, juguete de las fuerzas reaccionarias que apabullan el mundo y en última instancia de los Estados Mayores.

La expereiencia de Cuba es en tal aspecto terminante: Castro, que recibió armas, subvenciones y popularidad de Estados Unidos, en parte incluso el poder, se convirtió pronto en un monigote inerme en manos de Rusia. El fracaso no es sólo suyo, sino del anti-imperialismo en general, nacionalismo tardío que para realizarse implora la ayuda de otras potencias y encuentra en ellas nueva humillación, lo único que el capitalismo actual consiente, por más que se rotule socialista. Mientras Castro pronunciaba estridentes discursos contra el imperialismo yankee y de afirmación nacional, Moscú construía sus bases de proyectiles nucleares, (puerto de pesca según la propaganda para la pesca real de incautos) enviaba aviones, expertos militares, soldados. Entretanto, los aviones americanos auscultaban la isla metro a metro volando impunemente al alcance de tiro de pistola, y siguen haciéndolo a capricho; las bases rusas desaparecían por imposición de Kennedy, pero Guantánamo continua allí, y los "consejeros"rusos también. Y en todo ello, el gobierno "anti-imperialista" cubano ha tenido tanta o menos libertad de decisión que el gobierno de Guatemala. La quiebra del anti-imperialismo no podía ser mas cabal y fraudulenta.

La raiz social de dicha quiebra es la incompatibilidad entre toda organización nacional --o la lucha por ella-- y las necesidades del hombre explotado en cada país. La nación la engendra el sistema capitalista y es inseparable de él. El sistema se sobrevive debido a un grave retraso de la revolución proletaria, mas no por ello deja de ser una utopía reaccionaria la aspiración a nación fuerte e independiente. Ninguna puede serlo sino explotando y oprimiendo a otras. Los países que no han conocido la independencia nacional, o sólo en forma menguada como los de Amérca Latina, no la conocerán jamás, por más que el imperialismo les conceda tal rango o ellos crean arrancárselo. Con derecho a gobierno propio o sin él, su servidumbre respecto del capital financiero e industrial de las naciones mas fuertes se estrecha implacablemente año tras año. Y así será mientras no supriman los explotados el trabajo asalariado, fuente del capital que a su vez engendra la competencia por el dominio de la plusvalía, la industria organizada para la guerra, los ejércitos y armas devastadores, la opresión política. Cualesquiera sean los problemas legados a un país por el desarrollo desigual del capitalismo, no existe ya otra manera de resolverlos sino mediante la revolución social. Sólo ella permitirá a los explotados disponer libremente de sí mismos y emprender una etapa superior de la civilización. El anti-imperialismo y la lucha por la nación, suponiéndoles motivos honrados y no dolosos, es algo así como la reinvención de la carreta de bueyes en la era de los vehículos radioguiados.

También hay quienes califican el régimen cubano de "revolución burguesa". Procede esa interpretación de luchadores proletarios, es evidente, y aunque peligrosa, parece error minúsculo en esta hora en que la voz de los falsarios anega el mundo desde redacciones de periódicos y estaciones de radio. Sinembargo, entraña concesiones a la dictadura castrista, incluso la colaboración con ella en determinados aspectos. Presupone, es indudable, la posibilidad y la necesidad histórica de una revolución capitalista, que el proletariado debiera esforzarse en llevar hasta sus consecuencia extremas, a fin de enontrarse en condiciones mejores

para emprender después su propia revolución, etc. La definición escueta: revolución burguesa, o sus equivalentes: nacional, democrática, anti-imperialista, afro-asiática, lleva aparejada la negación de toda posibilidad material de revolución social en el país de que se trate. Las tendencias que hacen suya tal definición (de revolución no proletaria hablan también refiriéndose a China, Egipto, Argelia, Indonesia, Ghana, etc.) son ciegas para la madurez mundial de las condiciones objetivas de la revolución socialista. La refutación de esa idea de abolengo economista la he hecho en otros trabajos. Aquí me limito a reafirmar que las posibilidades de revolución social no es posible calibrarlas nacional, sino internacionalmente, de lo contrario habría negar su existencia incluso en los países mas industrializados. En fin, la burguesía como gestora de la sociedad y del capital privado en desarrollo, obra de las revoluciones democráticas allí donde tuvieron lugar a tiempo, no lleva camino de florecer en parte alguna. Lo que resulta de las operaciones de guerra fría mal llamadas revoluciones nacionales, es un capitalismo de Estado más o menos completo, siempre contrarrevolucionario en la político tanto como en lo económico, asfixiante para la sociedad. El desarrollo desigual del capitalismo, espoleado por los antagonismos de Bloque, origina, en los territorios atrasados, regímenes que condensan en sí todas las lacras de los países capitalistas avanzados, sin ninguno de los rasgos que antaño confirieron a éstos su validez social. Tras cualquiera de ellos se descubre sin dificultad un parteador, ora Moscú, ora Washington, cuando no ambos a porfía.

No faltan militantes obreros que hablan de un "empate mundial" (stalemate)de de la lucha entre proletariado y burguesía, de cual consideran residuo regímenes como el de Cuba y otras alacridades stalinistas. Tal interpretación tiene por fundamento la idea expresada por Trotzky en el folleto Termidor y Bonapartismo: el gobierno ruso es un bonapartismo burocrático dirigido contra el proletariado sí, pero que todavía (era en 1933) no alcanza el grado de contrarrevolución. Ahora bién, esa definición, preciso es reconocerlo, ha sido un yerro del gran revolucionario, tan grave que continúa trabando piés y manos a numerosos hombres de valía. En efecto, entre el poder político de la revolución francesa, base del análisis de Trotzky, y el poder político de la revolución rusa, el parangón sólo es formal, no esencial. El bonapartismo francés consolidaba el dominio de la burguesía sobre la sociedad, limitándose a poner coto a la intervención de las clases que, a izquierda, habían actuado contra monarquía y feudalismo. El bonapartismo ruso expulsaba al proletariado de poder y economía; tenía que aniquilar de arriba abajo la revolución, pues no podían engendrarlo y nutrirlo sino estratos sociales y factores económicos y mentales del capitalismo. Negarlo hoy equivale a admitir que, sin el proletariado y contra él, otras capas sociales a su derecha pueden organizar una economía socialista. No habría necesidad entonces de ninguna acción de clase, cayendo por tierra esta y otras nociones sociológicas fundamentales del marxismo.

Hablarle a un obrero ruso, húngaro, cubano o chino de un empate en la arena mundial --o siquiera en la rusa-- entre su clase y el capitalismo es mofarse de él, igual que para un obrero español, portorriqueño o congolés. Es transformar el equilibrio relativo de las fuerzas militares entre oriente y occidente en equilibrio de la lucha de clases, el terror militar y las presiones económicas de cada Bloque en sucedáneo de la contienda entre revolución y contrarrevolución. Khrutchef o Mao Tse-tung pueden basarse en argumento semejante; el proletariado no. La verdad cruda es que jamás éste último estuvo tan vencido y carente de ideología como hoy. Veinte años de tentativas revolucionarias infructuosas y casi veinte más de desmoronamiento de la conciencia de clases, han abocado a esta situación en que la guerra fría y el equilibrio del terror señorean en el mundo. Pese a todo, no habría caído tan bajo el movimiento obrero si sus grupos de vanguardia hubiesen asimilado bién cuál es la causa principal del reflujo de la revolución. No han visto que el proletariado no ha sido vencido directamente, en sitio alguno donde haya habido lucha, por la burguesía y sus gobiernos, sino por la intervención política o militar de la contrarrevolución rusa.

Sabemos hoy, en efecto, que ya el incipiente termidor ruso, en 1922-23, no mostró gran interés en ver triunfante al proletariado alemán, que reanudaba su ataque

iniciado casi simultáneamente al del proletariado ruso. A medida que el poder se desplazaba a la derecha convirtiéndose en contrarrevolución, la política exterior stalinista hacíase más deliberadamente anti-proletaria. Su enemiga a la revolución socialista china en 1926-27, no era falta oportunista, cual creyeron entonces Trotky y la Oposición de Izquierda, sino necesidad vital al mismo tiempo que condició de un futuro poder stalinista como el actual. A partir de ahí, el gobierno ruso tomó deliberadamente rumbo reaccionario, situándose en la política mundial como un potencia militar cualquiera, no como una fuerza de lucha de clases internacional. Dicho con mayor precisión, adoptaba la posición de clase del imperialismo: lucha patriótica entre potencias, contrapuesta a la lucha revolucionaria del proletariado mundial contra capitalismo y guerra. En 1933 dió órdenes estrictas a su partido alemán, cuya influencia se extendía a millones de trabajadores, para que dejase a Hitler subir tranquilamente al poder. Una huelga de transportes declarada espontáneamente por los obreros fué calificada de provocación por los dirigentes stalinistas, los mismos que hoy mangonean en Alemania oriental.

Sinembargo, la victoria de Hitler, fácil gracias a los intereses reaccionarios del gobierno ruso, no a tal o cual error ideológico, no había acabado aún con la ofensiva revolucionaria mundial. El último acto de la misma y el más fecundo, se produjo en España. Allí, en 1936, ya no se trataba de impedir que se desencadenase la revolución, como en China, Alemania y otros países que no menciono. La revolución proletaria era un hecho realizado por la victoria de la insurrección contra el ejército y el capitalismo nacionales. Entonces, Moscú y su partido hubieron de endosar el papel activo de la contrarrevolución. Hombres obedientes a Moscú, armas rusas machacaron la revolución, encarcelaron o asesinaron a los revolucionarios mientras tendían la mano a los fascistas y les facilitaban la victoria militar. Son los mismos que ahora nos hablan de socialismo en Cuba. En resumen, el ciclo revolucionario inaugurado en 1917 era ahogado en sangre por los valedores de la contrarrevolución stalinista, en colaboración activa o pasiva con el imperialismo occidental. Y el último acto independiente del proletariado español fué disparar las armas que le quedaban (insurrección catalana de mayo de 1937) contra los representantes de la política rusa y sus aliados.

Cerrado en España el ciclo revolucionario, quedaba el camino libre a la guerra por un nuevo reparto del mundo, a la lucha imperialista de Estado a Estado. El resultado de ésta, convirtiendo a Rusia en la segunda potencia mundial, ha consolidado esa situación. Los gobiernos stalinistas de Europa central y Asia son una extensión de la contrarrevolución rusa, y los movimientos nacionalistas de cualquier continente meras maniobras paramilitares de las cuales los líderes locales de cualquier tipo y color esperan sacar mayor parte en la plusvalía de sus connacionales. Dentro de este último caso cae la conversión del castrismo al capitalismo de Estado. En todas esas combinaciones inter-imperialistas, Rusia desempeña el papel que antaño correspondió a Estados Unidos contra Inglaterra. Pero los tiempos no se prestan a la suplantación de un imperialismo por otro sino mediante la guerra total. Meros trabajos de aproche hacia ella, las tortuosidades de la convivencia pacífica han consentido a Rusia retirar importantes ganancias sin aventurarse a la guerra. El apoteósis de tal táctica lo señala la asimilación del régimen cubano y su secuela de maniobras anti-americanas en América latina, de las cuales el Kremlin esperaba un trastrueque de las posiciones estratégico-económicas supletorio de sus insuficiencias como segundo pujador imperialista.

En ese punto preciso, el desboque de las fuerzas militares resultante de la liquidación de la revolución mundial halla un freno, un tope en sí mismo, la impotencia dentro de su irrestricta prepotencia, la negación de su propia negación de la lucha revolucionaria. La segunda guerra mundial fué retardada mientras persistió la actividad insurgente del proletariado. ¿Quién, qué ha impedido esta vez a Rusia y Estados Unidos desatar las furias? El proletariado se encuentra sojuzgado, y aun más desviado de la acción revolucionaria que en 1939. Ni tan siquiera un amago de lucha suya ha pesado sobre las decisiones de los dos sujetos mas representativos del imperialismo actual, de cuyos arrechuchos de buén o mal humor pende todavía la vida o la muerte de las tres cuartas partes de la humanidad. Lo que ha paralizado a Khrutchef y Kennedy no es siquiera el miedo a la derrota, sino la certidumbre de

que, quienquiera resultare vencedor no podría sacar partido de la hecatombe termonuclear. La mayoría de la humanidad sucumbiría, casi la totalidad de la industria desaparecería, y la tierra, los mares, la atmósfera guardarían radiaciones deletéreas durante tiempo indefinido. Apenas quedaría sociedad organizada en los países avanzados, y cuando los supervivientes saliesen de sus guaridas descubrirían de la civilización actual sólo vestigios. En suma, Khrutchef y Kennedy se han sentido paralizados por un hecho social que los supera: la incompatibilidad entre su guerra y la existencia de esa misma humanidad por cuya dominación hegemónica contienden.

Los sucesores de los Romanoff han llegado tarde a la merienda de la plusvalía mundial, como ya habían llegado tarde, 30 años antes, los nazis del Tercer Reich. Si la guerra fuese todavía un medio cierto de expansión del capital, habría estallado durante la crisis de Cuba, tanto mas cuanto que la cantidad de megatones aventajaba visiblemente a uno de los bandos. Pero hubieron de recular ambos ante el peligro de desintegrar hombres y máquinas en cuatro continentes. Hecho de importancia primerísima, pués constituye una admisión pública de la imposibilidad de resolver por la guerra las contradicciones inter-imperialistas, y menos aun la crisis general de la sociedad. La "ultima ratio" niega su propia validez, se convierte en la última hora para todos.

El sistema capitalista revela así, militarmente, de la manera más inconcusa, terrorífica e inaguantable su total caducidad. Summum de la explotación del hombre por el hombre, guerra de clases permanente y legal, lo militar es su esencia y su aureola, su estructura última, actividad de vanguardia y paralela a la conquista planetaria de los mercados; para los dos únicos Grandes hoy, es el envite total y totalitario por la supremacía incontestada, por la posesión de la caja centralizadora del valor de la explotación padecida por 3.000 millones de habitantes de nuestro Globo.

Desde sus orígenes, el capitalismo ha aplicado la técnica y la ciencia a lo militar de manera preferente y más extensa que a la propia producción de sus mercancías. Sabía por experiencia que los instrumentos mortíferos eran custodia y levadura indispensable a sus instrumentos de producción. De guerra en guerra, de fusión en fisión de átomos y de relatividad generalizada en mecánica ondulatoria nos ha traído a un punto en que la aplicación de sus ciencias destructivas mata la sociedad entera y hasta la vida orgánica. Hipóstasis supranacional de la explotación del trabajo asalariado, las aplicaciones militares de la ciencia expresan y trascienden hoy --¡de qué manera!-- la incompatibilidad general entre las más urgentes necesidades humanas y el sistema capitalista. Pero, ¡ay! de quienes olviden que para los sicofantes de Moscú <u>El Capital</u> es un manual de saqueo intensivo del trabajo asalariado.

No quiere decir lo anterior que el equilibrio del terror se baste para alejar indefinidamente la guerra, ni siquiera para retraerla a los procedimientos y armas llamados clásicos. Sin suprimir las causas persistirá el efecto, verdad palmaria olvidada o falsificada por quienes pretenden que una victoria rusa suprimiría el capitalismo siquiera en una parte del mundo. Si la Rusia stalinista eligió la guerra como sistema de defensa, no sólo pretiriendo la revolución sino estrangulándola con sus propias manos, es que para ella la revolución representaba el peligro principal. Con mayor razón hoy, cuando su capitalismo de Estado, derramado a parte de Europa y Asia --no sin la tolerancia de las viejas potencias-- ambiciona el puesto del imperialismo yankee. La nacionalización de las industrias a que da lugar la imitación del sistema ruso, es tan contrapuesta al socialismo como la guerra imperialista lo es a la guerra civil. Por tal modo, que nunca antes la competencia económica, militar y política fué tan redondamente inter-imperialista como ahora entre bloque americano y bloque ruso. Llevados por su propio automatismo absorbedor de plusvalía desencadenarán, a todo riesgo, el cataclismo termonuclear.

No hay otra manera de oponerse a ese curso reaccionario y criminal que reavivar la lucha del proletariado y de los explotados en general por la toma del poder político, la gestión de producción y distribución, en pro de su propio arma-

mento y del derecho a desmantelar por sí mismo todos los instrumentos de guerra inter-Estados --atómicos o clásicos-- y a reconvertir las industrias de guerra a la producción de bienes de consumo, a suprimir ejércitos y fronteras. Tan pronto surja una tendencia revolucionaria en tal sentido, en cualquier parte del mundo que sea, se verá cambiar rapidamente la sucia situación internacional. Producto ésta, con todos sus Castro, sus Benbella y sus Franco, de la derrota de una ofensiva proletaria, de su reanudación <u>sólo</u> depende el fin de aquella.

Quienes pretenden practicar la lucha revolucionaria defendiendo siquiera parcialmente a Castro, Mao Tse-tung, etc. o bien son falsarios implicados en la contrarrevolución rusa, o bién lúgubres atardados y oportunistas incapaces de distinguir lo que es capitalismo y lo que es imperialismo, mas allá de los individuos o países que tienen a bién reconocerlo.

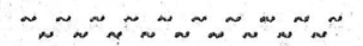
Noviembre 1962 G. Munis

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

"Cada vez mas, el capital aparece como una potencia social cuyo funcionario es el capitalista."

"El trabajo de dirección y de control, en la medida en que resulta (se desprende) de la índole antagónica, de la dominación del capital sobre el trabajo, caracteriza todas las formas de producción basadas en la explotación de clases, y, por consecuencia, el sistema capitalista. En este sistema, se amalgama de manera directa e indisoluble con las funciones productivas que todo trabajo social combinado impone a ciertos individuos como trabajo especial."

Karl Marx
en <u>El Capital</u>, tomo III.



AVISOS

1) Recibir <u>Alarma</u> no entraña responsabilidad legal, pues este boletín es remitido a numerosas personas sin relación alguna con nosotros, y sin que lo hayan solicitado.

2) Envíésemos todo informe susceptible de servir a la lucha contra el régimen: sobre huelgas, manifestaciones, acción policíaca, protestas, estado de espíritu de los trabajadores y de la población en general. Publicaremos también críticas y sugestiones. Pueden hacerse los envios de dos maneras:

- directamente a nuestra dirección, depositándolos en localidad diferente de la residencia,
- por intermedio de tercera persona residente en el extranjero.

3) Enviaremos <u>Alarma</u> a todas las direcciones que se nos suministren

Correspondencia: Nicole ESPAGNOL
241, rue du Faubourg Saint-Honoré
<u>Paris</u> - 8° - Francia
Giros: C.C.P. Paris, 16-541-52

N O T I C I A S   Y   C O M E N T A R I O S

Hienas de verdad y "tigres de papel".

La rendición de Moscú en Cuba ha atizado las contradicciones del bloque ruso, no por negadas menos rudas e insoslayables. En vano los protagonistas principales procuran revestir de argumentos ideológicos sus muy materiales motivos de contienda. Cada nuevo incidente viene a poner de relieve la realidad de éstos y la falacia de aquellos. El espectáculo es edificante y se desarrollará todavía en varios actos. Regocijémonos, porque no puede redundar sino en ventaja del proletariado.

Al anuncio de la retirada rusa en el Caribe, Mao Tse-tung y su cohorte de mandarines en disfraz marxista arrecian sus críticas al revisionismo, hablan de capitulación (los régulos de Albania han señalado a Khrutchef como traidor) y piden la cabeza de Tito, ya que con los verdaderos amos apenas se atreven. La indignación es real, pero el motivo alegado públicamente falso. Lo que saca de quicio a los gobernantes chinos --y ya les llueve sobre mojado-- es que la retirada de Khrütchef repercutiese imponiéndoles a ellos el cese de sus operaciones en la India. Mao Tse-tung había solicitado insistentemente, siempre en balde, los proyectiles atómicos concedidos o impuestos a Castro; un motivo más de querella. Pero sabiéndolos instalados tan cerca de Estados Unidos, quiso sacar partido de ellos, forzar la mano a su jefe de bloque y obligarle a cubrir su avance en la India imponiendo al imperialismo americano la neutralidad. La simultaneidad del ataque chino --organizado en masa y con todo los implementos técnicos de una guerra general-- con la instalación de las rampas de lanzamiento en Cuba, fué indudablemente premeditada. Con gran sorpresa del propio Nehru, que se aprestaba para una guerra de cinco años, las operaciones chinas eran suspendidas. Mao Tse-tung capitulaba ante el capitulador Khrutchef.

Los dirigentes chinos, cuya mentalidad es hechura del mismo molde stalinista que la de los rusos, están horros de la osadía, la franqueza y el apego a los ideales de emancipación de la humanidad que caracterizan al revolucionario. Son incapaces de erguirse contra el poderoso Khrutchef sino sesgadamente, y aún así porque cuentan con el apoyo de la o las fracciones de la alta burocracia rusa adversas a aquel. Con todo, las acusaciones y actitudes a que ha dado ocasión la crisis cubana revelan más de lo que sus autores quisieran. Es indudable que el deterioro de sus relaciones sobrepasa con creces a cuanto dicen.

Al mismo tiempo que Khrutchef enviaba a la India aviones y solidaridad política, reclamaba a China el pago en género de sus deudas, lo que representa un desastre para el deudor y resulta imposible sin desmantelar por lo menos todas las industrias montadas con capital ruso. Esos y otros miramientos de Khrutchef por Nehru no obedecen a consideraciones momentáneas, sino a la necesidad durable de retener, y llegado el caso amenazar a China entre dos fronteras: la de Rusia al Norte, la de la India al Sur. Por otra parte, la tentativa de recuperación de Tito indica la preferencia neta de Moscú por sus satélites europeos, en detrimento particular de China. Es natural que a Mao Tse-tung se le atraganten sus humos de expansión asiática. Recordemos que desde el instante de la ruptura de Yugoslavia con Rusia (1948), Tito fué profusamente tratado de enemigo del proletariado por los mismos que ahora vuelven a ensalzarlo . Los hombres de Pekín hicieron como sus demás congéneres: Tito comunista, Tito Fascista, Tito comunista otra vez, sin que avizorasen en él "revisionismo" alguno hasta que su propio conflicto con Rusia tomó mal cariz. Ahora que Moscú les asesta por lo bajo y por lo alto un golpe tras otro, se van de la lengua acusando públicamente a Tito y su partido de "haber restablecido el capitalismo". Se trataen realidad de una amenaza de lanzar la misma acusación contra Khrutchef, pues es notorio que la polémica de apariencias ideológicas va de Pekín a Moscú via Belgrado, y de Moscú a Pekín via Tirana. En reciprocidad, Khrutchef repite que "la pandilla dirigente de Albania no se mantiene en el poder sino por el terror", lo que pone a cadquién en la necesidad de adivinarle la intención: la pandilla de Pekín.

Khrutchef está bién informado, además de que para saber la clase de orden imperante en China, Albania, etc., le basta referirlo al suyo propio, cual Hodja ha podido echarle en cara. Todos los países rusificados, en efecto, tienen expertos de la represión y de las falsificaciones judiciales que han perfeccionado sus estudios en la escuela especial de la policía stalinista en Moscú, la M.V.D., antes G.P.U. que asesinó a los viejos bolcheviques. Los expertos polizontes de Alabania han aprendido tan bién la enseñanza de sus maestros, que desde hace mas de un año hombres de confianza de Khrutchef y Tito han confesado ante los tribunales de Hodja trabajar por cuenta del imperialismo americano. Ello no ha impedido al sucesor de Stalin declarar en el congreso de Berlín-este, al mismo tiempo que proponía a Pekín la suspensión de la polémica pública, que consideraba a Albania país socialista.

Enlacemos lo anterior con la imprudente acusación de restablecimiento del capitalismo en Yugoslavia, blandida por Mao Tse-tung. Verdad, habría que reconocer el mismo restablecimiento en China, Rusia y demás retahila de pretendidos socialismos, puesto que todos ellos tienen estructuras económicas iguales: propiedad estatal en la industria y semi-estatal o dirigida por el Estado en la agricultura, trabajo asalariado, y por obligada consecuencia explotación de las masas obreras, plusvalía embolsada por una burocracia que detenta el capital y desempeña las funciones nocivas de los antiguos propietarios individuales. Ese sistema, que todos los falsarios pretenden hacer tragar al proletariado como socialismo, es, cierto, capitalista, pero en China impera igual que en Yugoslavia y demás "democracias populares". No cabe, sinembargo, hablar de restablecimiento, por la sencilla razón de que el capitalismo nunca ha dejado de existir en ellas, habiéndose efectuado la transición al capitalismo de Estado con la anuencia colaborante de la antigua burguesía y la bendición del imperialismo occidental. Sólo en Rusia existió el conato bolchevique de revolución proletaria; apuñalado por el stalinismo, éste erigió allí el capitalismo de Estado, la contrarrevolución. Así pués, la acusación de Mao Tse-tung, hecha a sabiendas de que no existen diferencias de estructura esenciales entre Yugoslavia, China y el patrón ruso, demuestra que toda la alta canalla oriunda del stalinismo tiene plena conciencia del caracter capitalista de sus regímenes. Sus propias avideces y rebatiñas les fuerzan a confesarlo de una manera u otra. ¿No empezó Tito a hablar, en 1950, de capitalismo de Estado e imperialismo en Rusia, sin dejar él de decirse revolucionario? La desfachatez es el talento de esa gente, la hipocresía y la premeditación su habilidad. Los mandarines de Pekín, segundos entre los falsarios, se verán en la necesidad de ir aun mas lejos que Tito ayer, incluso en el acercamiento al imperialismo americano. Las causas de su choque con Moscú son cualitativamente las mismas, si bién cuantitativamente muchísimo mayores.

La polémica en torno a la convivencia pacífica, a la presunta evitabilidad de la guerra, a dogmatismo y revisionismo es principalmente engañifa de exportación. Cuando Khrutchef y Mao Tse-tung, o sus representantes, hablan cara a cara, no tratan de ideas, sino de negocios: inversión de capitales rusos y empréstitos a China, pago de réditos, condiciones de reembolso, cantidad de plusvalía que ha de emigrar de Pekín a Moscú, etc. En segundo lugar, tratan de posiciones económicas y estratégicas en Asia y otros continentes. En todo, el gobierno chino se lleva la ración del pariente pobre, pues Moscú entiende acomodar al desarrollo de su capital todo desarrollo de capital en los países satélites y no está en condiciones de dejar a China campar por sus respetos, siquiera en los pequeños países limítrofes. Por su parte, Pekín ha aceptado oficialmente la evitabilidad de la guerra y la convivencia pacífica, sólo que, antes de convivir quiere desparramarse hacia el sur por varios territorios a lo largo de la frontera india, coger Formosa, casi toda la península indochina por interpósitos ejércitos, y en el norte probablemente también la otra mitad de Corea. Mao Tse-tung busca la cobertura del potencial atómico ruso para alcanzar tan conviventes objetivos. Pero Rusia tiene mucho que digerir, China entre otros bocados, antes de arriesgarse a desencadenar la guerra. En vano Pekín se alía a los clanes burocráticos que de tapadillo preparan la sucesión o el derrocamiento de Khrutchef. Cualquiera de ellos acceda al poder seguirá dándole trato de semi-colonia, pues la implacabla ley del valor que rige la economía rusa --bloque incluído-- requiere subordinación de los capitales débiles a los fuertes, tanto más inapelable cuanto que estos últimos son flacos respecto a los del bloque rival.

Precisamente porque Khrutchef no ignora lo que es su bloque, y que entre bloques imperialistas la guerra es pronto o tarde inevitable, prolonga y perfecciona la convivencia pacifica, táctica estrenada por Stalin hacia 1930 y oficialmente proclamada con el frente popular. Si no fuera esa una política reaccionaria e imperialista de pura estirpe, estrategia de guerra muy calculada, Khrutchef arrebataría a Moa Tse-tung la palma del dogmatismo, según la terminología de los falsarios, y Mao Tse-tung a Khrutchef la del revisionismo (1).

Apenas había proferido Mao Tse-tung su baladronada: "El imperialismo es un tigre de papel", cuando el ultimatum de Kennedy en Cuba la obligaba, por simple rebote, a desandar camino en la India. Pero no sin dejar dectrás, junto con su "estratégico desprecio", varios miles de muertos. En fin de cuentas el poderío yankee es debido en sus tres cuartas partes a las hienas que han devorado la revolución en el período precedente y que continuan hozando en la concñencia del proletariado. Denunciarlos como odiosos enemigos de la misma naturaleza que los del viejo mundo occidental es cometido insoslayable de revolucionarios.

¿Recuperación de Tito?

Los esfuerzos para atraer de nuevo a Tito al sistema de gravitación ruso tienen una importancia económica inmediata. El dilema entre Mercado Común Europeo y COMECON es acuciante para la economia yugoslava. Al margen de la Europa de los trusts y consorcios que será el M.C.E. las economías nacionales languidecerán, sin que les quepa otro recurso que integrarse al circuito económico del bloque oriental, el COMECON. El comercio extèrior yugoslavo se efectua predominantemente, desde 1948, con el mundo occidental, pero mediante el sistema de acuerdos bilaterales que consentían a Tito presentarse como independiente de aquel, a más de neutral en las comorras de bloques. Ahora bién, el ingreso en el M.C.E. supone de necesidad un ajuste completo a la economía occidental, lo que desdiría el mito del socialismo yugoslavo. Para continuar utilizando ese mito que se ha revelado tan rentable, la vuelta al redil moscòvita convendría mejor. Tiene, sinembargo, espinosos inconvenientes: las exigencias económicas rusas son mas duras que las del otro imperialismo, y por añadidura llevarían consigo exigencias militares comprometedoras.

Por su parte, Khrutchef hace cuanto puede para recuperar a Tito; es factor muy importante en su estrategia europea de largo alcance. Ningún otro jefe nacional stalinista ha recibido de aquel tantos honores y zalemas. Unos cuantos puertos en el Adriático tan bién situados para propiciar, llegado el caso, una voltereta italiana, meterse en el bolsillo a Grecia y sentar sus reales en los Dardanelos, bién valen la elevación de Tito al rango de teórico "marxista-leninista". Yugoslavia es jalón de cualquier futura expansión europea del Kremlin. Incluso es posible qu le conceda condiciones privilegiadas de pertenencia al COMECON, o bien de intermediario y agente en el M.C.E., lo que Tito preferiría con toda seguridad.

Tito tiene nueva ocasión de encarecer sus servicios a unos y a otros. De cualquier manera que fuere, lo que importa es señalar al proletariado la ductilida con que un régimen como el yugoslavo, calco económico y político del ruso, pasa de un bando al otro. El capitalismo con el capitalismo se acopla. Una economia socialista no podría integrarse sin ser destruida en el M.C.E. ni en el COMECON.

La Guerra chino-india.

Los apoyos que ha encontrado el gobierno de Pekín durante su contrariada incursión bélica en la India, son no menos ilustrativos que los encontrados por el de Nueva Delhi.

Desde mas de un año antes de la apertura de las hostilidades, el partido stalinista de la India se pronunciaba por "la defensa de la patria contra la agresión china", obedeciendo, como es de consuno, a sugestiones de su metrópoli, que le ha ratificado el patriotismo con aviones. Una pequeña minoría optó por el apoyo a

---

(1) Véanse La antigua China de los Mao Tse-tung y La crisis de la contrarrevolución rusa, en Alarma, números 5 y 9 respectivamente de la serie anterior.

Pekín, lo cual indica, no que sea revolucionaria, sino que sus embolsos y porvenir burocráticos está ya afincados en Pekín. Los hombres que se han nutrido en las prácticas stalinista desde 1930 a la fecha, no pueden ser revolucionarios en ningún caso y cualquier lenguaje que adopten. Cuando rompen el monolitismo servil que constituye su "ideología" es porque en las altas esferas explotadoras rusas hay tirantez, lucha sorda e irresoluta por el poder. Y cuando por acaso la ruptura es independiente de esa circustancia, los protagonistas se limitan a pasar al servicio directo de los explotadores occidentales. Cambian de amo; de oficio no. Múltiples casos lo prueban, de individuos y de grupos.

Tratándose de gobiernos, han apoyado directa o indirectamente a China: el de Chang Kai-tchek, que no vive sino de lo que le raciona día a día el imperialismo amricano; el de Fidel Castro, igualmente pendiente de lo que quiera darle o quitarle el imperialismo ruso; el de Salazar, uñna y carne con el de Franco, que negó a la aviación americana derecho de escala en las Azores a los bombarderos y suministros de guerra destinados a la India; el de Pakistán, gobierno de los más retrógrados, enteramente en manos de Inglaterra y Estados Unidos, pero en disputa fronteriza con la India; y no lo olvidemos, el de Albania, cuyo territorio fuë ofrecido por Stalin --sin denegación actual de Khrutchef-- a la "federación" yugoslava, de donde el furor contra Tito. A notar como un hecho cuya importancia aparecerá en el futuro inmediato: el Japón, única gran potencia industrial de Asia, mejoraba sus relaciones comerciales y políticas con China durante las operaciones militares y después.

Han apoyado a la India directa o indirectamente: Estados Unidos y sus principales aliados; Rusia y casi toda su cauda, sin mas excepción que Albania, Corea del norte, y dubitativamente el Vietnam de Ho Chi Minh. Los países de la conferencia conciliadora de Ceilán se las arreglaron para no llegar a conclusión sino cuando la orden de alto el fuego estaba dada. Por fortuna para conciliadores y apoyadores, la coactiva intervención de Khrutchef surtió efecto: ofreció a la India aviones y armas de los tipos más modernos. Una fábrica de Mig 22, caza supersónico de que China carece, será montada en la India con capital y técnicos rusos. La "unidad del campo socialista" vista por Mao Tse-tung empieza a tomar el aspecto de una ratonera.

Para los revolucionarios no existe otro campo socialista que el de la lucha revolucionaria del proletariado contra sus respectivos gobiernos, en Pekín y en Nueva Delhi, en Washington y en Moscú. La abortada guerra chino-india lo corrobora con particular elocuencia.

¿Qué sucede en la IV Internacional?

Una "conferencia extraordinaria" convocada hace ocho meses por el Buró Latino-americano (B.L.A.) eligió un nuevo Comité Ejecutivo, probablemente el propio B.L.A., tomó la decisión de expulsar a Pablo, Frank, Germain, Maitan, y de crear nuevas secciones frances, italiana, cingalesa, belga, más una española sacada no sabemos de donde. De sopetón, el nuevo Comité Ejecutivo revela que la sección americana (S.W.P.) y la cingalesa (Lanka Sama Samaja) "hana abandonado el marxismo", que las personas expulsadas, o sea el Comité Ejecutivo depuesto, eran intelectuales pequeño-burgueses escépticos que abandonaron la posición revolucionaria frente a la guerra, y se oponían a la concepción del B.L.A.

Seríamos los primeros en congratularnos si las decisiones y adjetivaciones de la Conferencia llevasen el respaldo de ideas y actitudes consecuentes. Blasonarse de bolchevique y proletario como hace el nuevo C.E. no es mas que un pobre truco polémico del que ya abusaron hasta dar nauseas Pablo, Cannon, da Silva etc. Las ideas y los hechos no necesitan darse autobombo¿Hay en la nueva dirección esos hechos, esas ideas netamente distintos de los de la dirección expulsada? Nada hasta ahora autoriza a pensarlo. Las ideas principales son comunes a expulsados y expulsadores: defensa nacional de Rusia y satélites, en la consabida calidad de "Estados obreros degenerados", apoyo a los movimientos nacionalistas gratuitamente calificados de "revoluciones anti-imperialistas" o "permanentes" (lo cual, por sí sólo, es menchevismo, y da esquinazo a la revolución permanente de 1917 identificándola con los Kerensky actuales, que están muy a la derecha del de entonces), alharacas castris-

tas de pura demagogia de guerra fría, cuya verdad es el apabullamiento de los trabajadores en Cuba. Y para la nueva dirección como para la expulsada, el programa de transición sigue s: . siendo enteramente válido, cuando en realidad está más sobrepasado por las necesidades inmediatas y por la experiencia que el de los bolcheviques a la caída del zarismo.

La nueva dirección tacha de pacifismo y capitulación a la otra por haber censurado, al parecer, las experiencias nucleares rusas, mientras la nueva ve en ellas un saludable ejercicio de "la preparación de las masas para la guerra mundial atómica", la idea de cuya inevitabilidad, pretende, es la posición revolucionaria legítima. Radicalmente falso. Cualquier principiante revolucionario sabe que no es inevitable la guerra sino en caso de que el proletariado permanezca inerte y no derroque al capitalismo. Ahora bién, quienes identifican ese derrocamiento con regímenes a la Castro, , Mao Tse-tung o Khrutchef juegan muy malapasada al proletariado, lo encadenan en la medida de sus fuerzas y quiéranlo que no, al juego criminal de los bloques militares.

Si Rusia se prepara para la guerra inter-Estados no sólo mediante experiencias nucleares, sino también mediante experiencias papamoscas a la Castro, la conclusión cae por su propia gravedad: se trata de una potencia capitalista más. La lucha de clases ha de ser llevada al corazón mismo del imperialismo americano por sus propios trabajadores, pero eso no pueda ser hecho en nombre del Estado ruso, que pisotea y denigra a su proletariadocomo ningún otro, ni, claro está, por quienes le ofrecen "apoyo crítico". Los internacionalistas tienen las mismas tareas políticas y económicas que cumplir en Rusia que en Estados Unidos. Quienes rehuyen tal responsabilidad se incapacitan para hacer nada en los países indutrializados de Occidente, y del proletariado del bloque ruso sólo recibirán el mas afrentoso y justificado de los desprecios.

Así pues, tocante a la guerra nuevos y antiguos dirigentes ocupan en lo esencial la misma posición. Acaso no se distingan, cual Mao Tse-tung y Khrutchef, sino en matiz de .ahogo y desahogo momentáneos. Mas justificada parece, pero sólo a primera vista, la acusación a Pablo, Maitan, Frank de haberse comprometido hasta la capitulación con el nacionalismo argelino. Prevaricación evidente, pero que viene de lejos, de la defección del internacionalismo durante la guerra, en aras de las resistencias nacionales. Ahora bién, algunos de los nuevos dirigentes Latino-americanos, ¿no dieron por buen esa prevaricación en el congreso de 1948? De ahí arranca la degeneración de la IV Internacional, por nosotros combatida desde sus primeros síntomas. No es ahora sorprendente que su secretario general, Pablo o Raptis, haya sido acogido, tras su avatar holandés, en calidad de alto consejero económico del musulmán Benbella. Indiquemos que una de las primeras medidas de éste (¿revolución permanente, camaradas del B.L.A.) fué impedir que los salarios de los obreros aborígenes alcanzasen el mismo nivel que el de los obreros europeos de categoría igual.

El nuevo Comité Ejecutivo da la impresión, sí, de ser más combativo, pero por desgracia su emplazamiento ideológico le llevará a perder lamentablemente los progresos que su vigor y la situación le permiten por el momento. El está desempeñando, respecto de Castro, el mismo papel que el antiguo respecto del F.L.N. Continua dentro del oportunismo en que durante la guerra sumergieron a la IV Internacional los partidos americano, francés, inglés y cingalés. Sin subsanar las dejaciones oportunistas y errores en que se ha incurrido desde entonces, imposible preparar a la nueva generación para las arduas, pero prometedoras tareas en perspectiva. En realidad, esa rectificación no sería más que el primer paso indispensable para trae a concordancia la teoría revolucionaria y la trágica cuanto rica experiencia de los últimos cuarenta años. A "los esclavos de viejas fórmulas" (León Trotzky) lo revolucionario les pasa por las narices sin verlo, mientras señalan como revolucionario escorias del pasado.

========

COPIENSE Y DIFUNDANSE LOS TRABAJOS DE ESTE BOLETIN QUE SE CONSIDERE CONVENIENTE